

# ¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

COMENZAR DE NUEVO EN OTRO PAÍS

Cuentos y dibujos de niñas, niños y jóvenes  
sobre personas refugiadas 2014





# ¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

COMENZAR DE NUEVO EN OTRO PAÍS

Cuentos y dibujos de niñas, niños y jóvenes  
sobre personas refugiadas

2014



COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

EDITORA RESPONSABLE: Gabriela Anaya Almaguer.

CUIDADO DE LA EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO: Haidé Méndez Barbosa.

DISEÑO EDITORIAL: Gladys Yvette López Rojas.

DIBUJO DE PORTADA: *¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país* de María de Jesús González Osorio.

Primera edición, 2015

D. R. © 2015, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Av. Universidad 1449, col. Florida, pueblo Axotla,

del. Álvaro Obregón, 01030 México, D. F.

[www.cd hdf.org.mx](http://www.cd hdf.org.mx)

D. R. © 2015, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada,

del. Miguel Hidalgo, 11520 México D. F.

[www.acnur.org](http://www.acnur.org)

D. R. © 2015, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo, 11590 México D. F.

[www.conapred.org.mx](http://www.conapred.org.mx)

*Los cuentos y dibujos contenidos en esta publicación fueron elaborados y presentados en el marco de la edición 2014 del concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos y dibujos no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición sino que es responsabilidad de sus autoras y autores.*

[www.cd hdf.org.mx](http://www.cd hdf.org.mx)

Ejemplar electrónico de distribución gratuita, prohibida su venta.

Se autoriza la reproducción total o parcial de la presente obra siempre y cuando se cite la fuente.

# Índice

## **Presentación**

Hamdi Bukhari	7
Perla Gómez Gallardo	9
Ricardo Bucio Mújica	11
Ricardo Ramírez Arriola	14
Emiliano Becerril Silva	16

## **Cuentos y dibujos ganadores, edición 2014**

### **¿Y si yo fuera una persona refugiada...?**

<b>Comenzar de nuevo en otro país</b>	20
---------------------------------------	----

María de Jesús González Osorio

<b>Mi árbol favorito</b>	22
--------------------------	----

Araceli Vázquez Solís

<b>Viviendo con el dolor</b>	27
------------------------------	----

Margarita Guadalupe Jiménez Reyes

<b>En esos momentos</b>	32
-------------------------	----

Ximena Mendoza Sandoval

<b>Mi infierno</b>	34
--------------------	----

Itzia Andrea Casaos García

<b>Yashira</b>	38
----------------	----

Kensi Azucena Méndez Guerra

<b>Los emigrantes</b>	42
-----------------------	----

Denisse Yamilet Ruíz Urrea

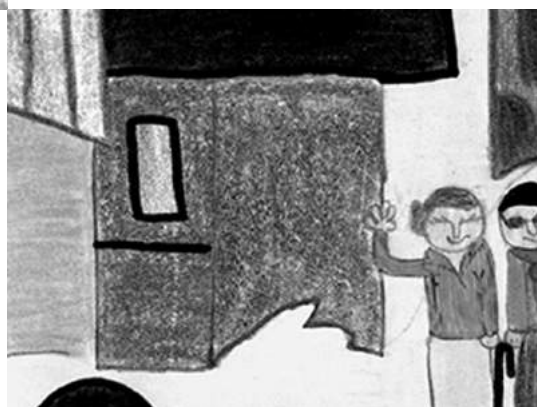
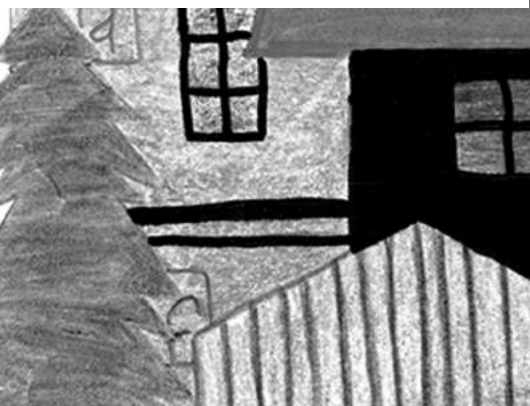
<b>El inmigrante Nao</b>	44
--------------------------	----

Luis Antonio Lozano Villa

<b>Eterno caminar</b>	48
-----------------------	----

Mariana Monserrat Marín Ramírez

<b>La vida en el extranjero</b>	54
Aixa Ximena Camargo Zacatzi	
<b>Hacia mi libertad</b>	56
Melany Cangas Ramos	
<b>La última semilla en la Tierra</b>	64
Emilio Vázquez Romero Castany	
<b>Todo vuelve a comenzar</b>	70
Vanessa Olmos Herrera	
<b>¿Y si yo fuera una persona refugiada...?</b>	
<b>Comenzar de nuevo en otro país</b>	72
Axel Iván Mora López	



### **Agradecimientos**

Nuestro más sincero agradecimiento a las y los miembros del jurado del concurso, quienes de forma comprometida y desinteresada fueron parte de este proceso: Ricardo Ramírez Arriola, Gladys Yvette López Rojas, Joel Soto Miranda, Emiliano Becerril Silva, Rodrigo Castillo González, Guadalupe Beatriz Aldeco, Avril Martínez Blanco, María Ramírez, Luis Téllez Tejeda y María Cristina Vargas de la Mora.



## **Hamdi Bukhari**

Representante del ACNUR en México

Quisiera iniciar agradeciendo a las organizaciones coconvocantes que a lo largo de estos siete años han sumado esfuerzos con nuestra oficina, la agencia de las Naciones Unidas para los refugiados, en este certamen: el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) y la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF).

También quiero expresar mi agradecimiento a las instituciones educativas y otras organizaciones que año con año nos apoyan en la difusión de este concurso; y a las y los jurados que de manera voluntaria y con un enorme compromiso contribuyen con su experiencia profesional en la selección de los ganadores del concurso.

Para el ACNUR es muy significativa esta convocatoria porque nos permite escuchar las voces de los chicos y las chicas que viven en México y su solidaridad hacia las personas refugiadas.

Desafortunadamente la persecución, la violencia, los conflictos armados y las graves violaciones a los derechos humanos han provocado el desplazamiento forzado de millones de personas en todo el mundo, incluyendo niños, niñas y jóvenes como ustedes.

A finales de 2013 había 51.2 millones de personas desplazadas forzadamente en todo el mundo, incluyendo refugiadas, solicitantes de asilo, desplazadas internas y apátridas. Se trata de la cifra más alta desde que se han contabilizado las estadísticas mundiales sobre este tema. Resulta sumamente preocupante que 50% de la población refugiada en el mundo en

2013 hayan sido niños y niñas. La mitad de las personas refugiadas en el mundo tenían menos de 18 años de edad. Se trata de la cifra más elevada en una década.

En esta región del mundo también vemos con tristeza la situación de miles de niños, niñas y adolescentes, principalmente provenientes de Honduras, Guatemala y El Salvador (la región conocida como el Triángulo Norte de Centroamérica), que en su mayoría viajan solos, sin sus padres o algún familiar responsable de ellos, y que están huyendo de la violencia y el reclutamiento forzado de pandillas, o incluso de violencia ejercida dentro de sus propios hogares.

Y muchos de estos niños y niñas que cruzan a diario por territorio mexicano podrían ser refugiados. Según un último estudio que la oficina del ACNUR realizó en la frontera sur de México, 48% de estos niños, niñas y adolescentes –de la misma edad de ustedes, chicos y chicas que participaron en el concurso– escapó de una persecución y no puede regresar a sus casas, a sus comunidades, a sus países.

Hace poco tuve la oportunidad de conocer a un grupo de jóvenes como ustedes que estudian en escuelas del estado de Chiapas, en comunidades que viven el tránsito de las personas migrantes, que las ven pasar en su trayecto. Y a través de un proyecto que tenemos varias agencias de Naciones Unidas en el sureste, ellos pudieron abrir espacios para que las y los niños y jóvenes mexicanos puedan conversar con niñas, niños y jóvenes migrantes, sin intermediación de los adultos. El resultado ha sido un diálogo muy abierto y refrescante entre las y los chicos que les ha permitido a ambos conocerse y entenderse mejor, y comprender las experiencias, preocupaciones, inquietudes, anhelos y esperanzas los unen.

En el ACNUR nos gustaría poder coordinar un ejercicio similar, abrir el espacio para un diálogo entre ustedes, chicos y chicas mexicanos que se han puesto en los zapatos de las y los niños y jóvenes refugiados, y otros chicos y chicas que desafortunadamente han tenido que dejarlo todo atrás para salvar sus vidas. Esperamos poder realizar este ejercicio en 2015.

Muchas felicidades a las y los ganadores.

## **Perla Gómez Gallardo**

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Buenas tardes a todas y todos. Quiero saludar a las personas que se encuentran compartiendo conmigo esta mesa: Hamdi Bukhari, representante del ACNUR; Ricardo Bucio Mújica, presidente del Conapred; Gladys López Rojas y Emiliano Becerril Silva, representantes del jurado.

Quiero agradecer su presencia esta mañana donde premiamos a niñas, niños, adolescentes y jóvenes que participaron de manera entusiasta en el concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país. Para la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal es un gusto formar parte de este esfuerzo realizado en conjunto con ACNUR y Conapred.

Poder ofrecer espacios de expresión para niñas, niños y jóvenes es una tarea que a la CDHDF le interesa sobremanera. La Comisión ha impulsado la importancia de los derechos culturales para acercar el tema de los derechos humanos desde diversas expresiones a distintos sectores, pues tenemos la convicción de que a través de la cultura las personas pueden entender lo fundamental que es construir una sociedad más justa y digna para todas y todos; este concurso es una muestra de ello.

El certamen permite y fomenta expresarse libremente a través de las letras y este año también a través de la pintura; qué mejor que el hilo conductor de estas expresiones sea un tema tan significativo como el de las personas refugiadas.

Uno de los objetivos del concurso es que quienes participen puedan ponerse en los zapatos de las personas refugiadas. Lograr que se realice este ejercicio empático es algo que debemos promover constantemente; la empatía coadyuva a construir sociedades más respetuosas e incluyentes.

Los cuentos proyectan con entusiasmo y creatividad la compleja situación que viven las personas refugiadas y enfatizan la necesidad del respeto a las diferencias. Si bien muchas historias son dolorosas, hay otras que nos transmiten la esperanza de que sí es posible una vida mejor para las personas refugiadas.

Los dibujos ganadores lograron mostrar a través de imágenes muy bien logradas las diversas situaciones por las que atraviesan las personas refugiadas.

No quisiera terminar mi intervención sin antes felicitar a las niñas, los niños y las y los jóvenes que fueron parte de este proceso; quiero invitarles a no dejar de escribir, y agradecer a nuestros aliados en este esfuerzo: ACNUR y Conapred. Conjuntar sinergias institucionales siempre es un ejercicio que permite lograr mejores resultados. Esperamos seguir participando juntos en nuevas ediciones de este concurso que se ha convertido en un referente para las niñas, los niños y las y los jóvenes a quienes les gusta escribir y en la edición de este año también dibujar.

Finalizo con un par de frases relacionadas con la literatura y la pintura:

“La literatura es una expresión de la realidad, además de ser eso que se ha dicho muchas veces: una forma de conocimiento”, Octavio Paz.

“Toda pintura es un hecho: las pinturas están cargadas con su propia presencia”, Andy Warhol.

Muchas gracias.

## **Ricardo Bucio Mújica**

Presidente del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

En 2006, el ACNUR, la CDHDF y el Conapred lanzamos por primera vez la convocatoria para el concurso ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país. Se trata de un esfuerzo institucional conjunto que desde entonces buscó no sólo recuperar la cultura y la memoria de quienes emigran de manera forzada para convertirse en refugiados sino también generar identificación y empatía de nuestra población con las personas que han tenido que padecer esa situación de traslado forzoso y de abandono de sus referentes nacionales de origen.

Durante los nueve años que han transcurrido desde entonces, el fenómeno de las personas refugiadas a nivel mundial no sólo no se redujo sino que se ha incrementado de manera notable. Según datos del propio ACNUR, mientras que en 2006 se podía identificar una cantidad de 32.9 millones de personas refugiadas en el mundo, esta cifra creció en 2012 a 45.2 millones para llegar a 51.2 millones en 2013.

Entre las razones decisivas para ese dramático aumento se cuentan los conflictos armados en distintos países del mundo, el escalamiento de problemas sociales y la agudización de la desventaja económica y la pobreza, los cuales han estallado en crisis de largo alcance que cerraron las expectativas de vida para millones de personas. Frente a tales procesos, muchas de ellas debieron huir, emigrar, exiliarse o buscar refugio para salvar sus vidas, para vivir en libertad o para buscar mejorar sus condiciones económicas y sociales. En nueve años, más de 18 millones de

personas además de las ya contadas tuvieron que refugiarse en otros países para sobrevivir o buscar una vida mejor.

*¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país* es el lema en que hemos coincidido; es la pregunta que hacemos para plantear la necesaria solidaridad con quienes sufren la terrible experiencia del desarraigo forzoso. En este periodo hemos recibido, leído, calificado y premiado ensayos literarios que nos cuentan de manera autobiográfica o ficticia la vida de mujeres y hombres de distintas edades que tienen que abandonar sus comunidades, sus ciudades o sus países para vivir obligadamente en otros territorios.

Refugiarse en otras naciones significa dejar la tierra, la familia, las amistades y las referencias más próximas que forman el círculo propio de la vida. Para las personas refugiadas en muchas ocasiones, como escribió el poeta español Antonio Machado, “se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar”.

México ha sido y todavía es un espacio de hospitalidad para las personas refugiadas, exiliadas o perseguidas que debieron huir de sus países. Esto nos ha deparado la inesperada fortuna –también una triste fortuna por el sufrimiento que arrastra esta experiencia– de poder tenerlas entre nosotros.

Nuestra patria se ha nutrido del aporte cultural del exilio español, de la contribución de quienes llegaron huyendo de las dictaduras y satrapías de Centro y Sudamérica e hicieron de la tierra mexicana su propia casa, y de muchos más mujeres y hombres provenientes de otras regiones y países.

México ha legislado en las dos últimas décadas para que toda mujer y todo hombre, independientemente de su origen nacional, étnico, social, color de piel o lengua, tenga iguales derechos en esta tierra. La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos contempla desde 2001 la obligación general de no discriminar a ninguna persona por su origen o por la pertenencia a un grupo estigmatizado. También desde el 10 de junio de 2011 afirmó la obligación de todas las autoridades públicas de promover y garantizar el respeto a los derechos humanos y asegurar que nadie sea tratado de manera desigual o discriminatoria.

Asimismo, esta ruta de la garantía de la igualdad y la no discriminación se fortaleció con la reforma de 2014 a la Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación y con la promulgación del Programa Nacional por la

Igualdad y la No Discriminación 2014-2018. Con base en esos cambios legales podemos afirmar que las mujeres y los hombres extranjeros tienen los mismos derechos que las y los ciudadanos de México; o por lo menos que, con la ley en la mano, debemos luchar para que esta igualdad de realice.

La octava edición del concurso ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país sirve para refrendar este compromiso con las personas refugiadas. No sólo leemos sus historias y sus cuentos y miramos sus dibujos con interés y solidaridad; sino que también nos hacemos cargo de las narrativas que nos transmiten para vivir en alguna medida la experiencia humana que nos acercan.

Decía el escritor cubano José Martí que la patria “es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer”, pero la experiencia de las personas refugiadas ensancha las fronteras de nuestra patria y nos hace a todos ciudadanos de un mundo común.

México ha sido en el pasado y quiere seguir siendo en el presente una nueva patria para las personas refugiadas. Si cumplimos con nuestras obligaciones, las personas refugiadas no sólo hallarán en este país el refugio y la protección vital que necesitan con urgencia, sino también un espacio para el ejercicio de sus derechos humanos.

## **Ricardo Ramírez Arriola**

Miembro del jurado

¿Y si yo fuera una persona refugiada? ¿Y si yo me viera obligado a comenzar de nuevo en otro país, con otro idioma quizá; en otra cultura, entre otras costumbres y lejos de lo que hasta ayer fue mi hogar y mi horizonte?

¿Y si me viera obligado a empezar desde cero, cargado de tristeza, dolor, añoranza y nostalgia; de recuerdos y ausencias? ¿Y si me viera obligado a hilar de nuevo mis quereres, los abrazos y mi confianza? Sí. Si yo fuera una persona refugiada tendría que volver a empezar, guiado únicamente por la terca esperanza de que la vida sigue; de que las cosas, aun lejos, pueden ser mejores; de que pueden diluirse los odios y pueden renacer los amores.

Sí. Si yo, tú o nosotros fuéramos personas refugiadas...

A este simple pero difícil e intenso ejercicio nos invitaron con sus dibujos y cuentos las y los jóvenes convocados por el ACNUR, el Conapred y la CDHDF en el concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país.

Con lápices, crayones, acuarelas, marcadores... con uno o muchos colores; creando historias, borrando fronteras y compartiendo preocupaciones, las y los participantes en este concurso, con sus obras, con su arte, nos invitaron a ponernos en los zapatos de aquellos que escapan de la violencia, la persecución y el peligro; a ponernos por un instante en los zapatos de aquellos niños y jóvenes que tienen que migrar, que tienen que refugiarse. Un ejercicio al que ellos fueron invitados y al que respondieron generosamente con un ¡manos a la obra!, abriendo sus sentidos



y sentimientos para imaginar, soñar, crear y compartir; con fuerza, dolor, belleza y sentido del humor.

Seleccionar siempre es un ejercicio complicado y necesario en un concurso. Y aún más cuando los trazos, los guiños y las huellas en el papel nos hablan de jóvenes miradas cargadas de sueños, franqueza, justicia y esperanza. Todos los trabajos nos hicieron pensar, cuestionarnos y recordar lo esencial.

A todas y todos los participantes, gracias. Gracias por compartirnos a través de sus dibujos la confianza y la certeza de que un mundo mejor es posible. Con jóvenes sensibles y creativos como ustedes ese mundo es inevitable.

## **Emiliano Becerril Silva**

Miembro del jurado

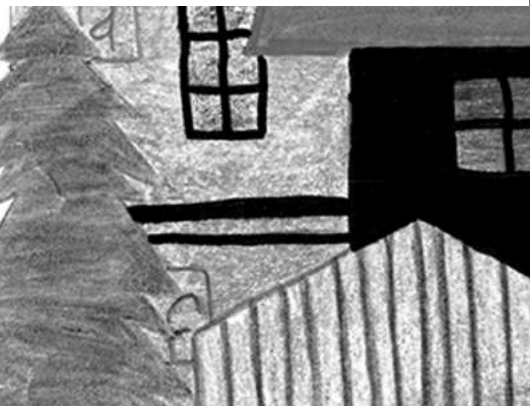
La lectura de los cuentos que participaron en este concurso fue para mí reveladora de un imaginario general ligado a lo que consumimos mediáticamente. Esta vez el mundo árabe fue una constante en el contenido de los cuentos, no de los aquí publicados sino en general, e incluso de los no publicados en este volumen.

El imaginario cambia dependiendo de la época, por ello en ediciones anteriores de este concurso la constante había estado inscrita en otras latitudes; por ejemplo, cuando ocurrió el terrible sismo en Haití, los haitianos estaban presentes en los cuentos, y no así los árabes. De este modo, cada momento despierta una sensibilidad distinta que se proyecta en la creación, como sucedió aquí.

Los medios van marcando nuestras referencias, el *otro* cambia según las agendas, y por lo tanto nuestro espejo y prejuicios van moviéndose igualmente. Por eso, el ejercicio de escribir un cuento cuyo personaje principal es alguien ajeno es formidable, porque significa estar despiertos. Reflexionar en torno a ello es trascendental, ya que nos obliga a hacer un ejercicio de conciencia; sobre todo porque, además de obligarnos a pensar en el otro, implica pensar indirectamente en uno mismo, en quiénes somos frente al otro y en qué somos. No es menor pensar cuáles son las bondades y defectos de nuestra cultura, de otra que imaginamos y de la conjunción de ambas.

La frase que dice “cada día hay más extranjeros en el mundo” no puede ser más cierta, y triste a la vez. Los trasladados aumentan, las fronteras son perennes. El mundo ha salido de sí pero ahí sigue. Así, los cuentos del concurso estuvieron impregnados de esa sensación de un mundo roto, de guerras, familias resquebrajadas y soledades, pero también de esperanzas y gratas sorpresas. Finalmente, no todo es malo o bueno: estamos en eterno tránsito, todos, pero nadie está en el mismo lugar. Entender eso es importantísimo hasta para tener un simple diálogo o una disputa cotidiana. Por ello, generar conciencia sobre el otro, sobre la otredad, es clave.

Los cuentos de este volumen, por su parte, fueron seleccionados por el jurado casi por unanimidad. A nombre del jurado, me atrevo a decir que son los que tienen una sensibilidad extra: la literaria. Estos cuentos, ahora sí, los de este volumen, no sólo juegan con las historias sino también con el tiempo y los estilos. Están escritos por plumas que tienen vocación y facilidad, y que ojalá nos sigamos encontrando más adelante.



**Trabajos ganadores  
edición 2014**





Dibujo ganador del primer lugar:  
**¿Y si yo fuera una persona refugiada...?**

**Comenzar de nuevo en otro país**

*María de Jesús González Osorio*

# Mi árbol favorito\*

Araceli Vázquez Solís

**H**oy nuevamente observo las pocas estrellas que hay frente a mi ventana, enlutadas por las luces parpadeantes de anuncios y locales sumados a los sonidos estridentes de la ciudad de México. Aun en un panorama tan terrible como ése, el débil resplandor de las estrellas parece una bendición; siento que soy como una de ellas, porque conservo la idea de volver la noche siguiente y reconfortar a las personas que me observan. Aunque mi luz sea poco perceptible en una sociedad tan deformada por las luces de la crueldad o la ambición, yo puedo relumbrar la esperanza de que todo eso puede cambiar.

Estoy recostada sobre una cama desgarrada y también polvorosa por el paso del tiempo. Un sucio pedazo de manta me protege del frío estático y somnoliento que envuelve mi cuerpo, el cuerpo de una adolescente de 16 años de edad, de piel como un pan recién horneado, suave pero abatido y herido a causa del prolongado viaje; una cabellera totalmente oscura que baja en ondas hasta el pecho; y ojos cafés que parecen distantes.

Mi nombre es Martina, al menos eso creo, no lo recuerdo claramente. Mi memoria sólo entiende que vine a México atravesando un camino con personas como yo, abatidas por el dolor y la preocupación. Amparo, una mujer de avanzada edad, se convirtió en amiga mía durante el trayecto; gracias a ella puedo dormir aquí hoy: en una habitación pequeña, silenciosa y cerrada como mis recuerdos, pero yo en el fondo sé que me resguarda. ¿Por qué digo esto? Porque al parecer perdí la memoria.

---

\* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 12 a 14 años.



Amparo me comentó que cuando conseguimos llegar al Distrito Federal yo estaba muy confundida y triste. Desde la estación de autobús caminé desorientada hasta una florería donde mi semblante palideció de pronto. Algo dentro de la tienda me impulsó a escapar con premura al grado de cruzar una avenida sin advertir una bicicleta en marcha; el impacto logró derribarme violentamente dejando en el asfalto grisáceo dos cuerpos inmóviles e inconscientes. Amparo, temerosa del policía que se aproximaba al accidente, me recogió en sus brazos para dejarme en su casa hasta reponerme de las heridas causadas. Tres días han pasado desde el incidente, tres días que no recuerdo casi nada.

No sé nada acerca del conductor de la bicicleta que por mi torpeza sufrió algún daño, quiero verle pero se me niega la salida a lugares públicos donde es posible que me pidan una identificación, una que no tengo. Es terrible tener que ocultarse como alguien que no existe, que no pertenece al lugar sólo porque un territorio te lo marca; te discriminan y te quitan el cobijo que cualquier humano debería recibir. Estoy sola y pareciera que aquí no existo.

Ya casi amanece; como no puedo dormir, me propongo salir por primera vez desde mi accidente. Con pasos ligeros atravieso la casa hasta la puerta, abro lentamente y salgo despacio. La brisa me acaricia la cara, la noche me envuelve; encuentro desasosiego aquí, lo que me hace aventurarme hacia el fondo de las calles. Doy vuelta por esquinas y avenidas; tan concentrada estoy observando árboles y edificios de gran altura que no me doy cuenta de que no sé cuánto he recorrido. ¡Estoy perdida! ¿Cómo pude olvidar que no conozco absolutamente aquí? ¿A quién pido ayuda para regresar? Me invadió una gran preocupación al pensar que no volvería a ver a Amparo. Un árbol conocido como jacaranda cubría del sol mi cuerpo cuando de pronto una flor en capullo cayó sobre mi pierna. Quedé cautivada por su color lila, sus suaves hojas, su hermoso aroma y la extrañeza de pensar que un capullo tan joven cayó sin razón aparente sobre mí; fue mágico. Decidí quedarme con la flor y la introduje en la bolsa de mi suéter.

De repente dos besos húmedos se posaron en mi mejilla, y una figura rara se colocó detrás del árbol. El miedo me sacudió, grité cerrando mis ojos enseguida para no ver más pero siempre la curiosidad te hace valiente. Abrí mis ojos de golpe para ver... un perro. Un perro de tamaño mediano, de dorso color café oscuro pero de orejas y frente color capuchino. Sus ojos

yacían fijos sobre mí, entonces descubrí la mirada más hermosa nunca antes vista. Aquella mirada floreciente poseía ternura, amor... estaba llena de pureza, era casi transparente. Me reflejaba en sus ojos y veía a una persona muy sola, sucia, hambrienta, sin familia, sin cariño, sin nadie que me arroje o abrace. Ahora que lo pienso, ¿tenía familia? ¿Alguien me abrazó, me amó? ¿Acaso fui feliz? Mi destino es incierto como el de ese perro.

La tristeza me invadió y solté en sollozos. El perro se acercó corriendo y de un salto me derribó contra el suelo. Estando arriba de mí comenzó a lamer mi cara, además comenzó a dar vueltas y a rodar al lado mío. Me levanté aturdida con el perro sobre mis rodillas.

—¡Perro loco! —le dije sonriendo al animal echado en mis piernas.

De pronto una voz preocupada dijo mi nombre. Era Amparo, que se encontraba a una calle enseguida de la avenida.

—¡Aquí estoy, Amparo! —le grité con todas mis fuerzas. De inmediato ella pareció reconocerme y fue a mi encuentro.

—¡Niña loca! ¿Dónde te habías metido? —me dijo Amparo en tono alterado y molesto—. Temía tanto por ti, eres muy vulnerable aquí, ¿lo sabes? —la voz endurecida que me gritaba comenzó a transformarse en una suave que me susurraba—. Bueno, menos mal que te encontré y estás bien, ¿verdad?

Entonces Amparo inició un examen con su mirada a mi cuerpo en busca de señales de lesiones o heridas, pero no vio nada más que un perro dormido plácidamente en mi regazo, realmente lucía cómodo ahí.

—Mira ese perro —comentó en voz baja mi examinadora—, te quiere, también está seguro de que tú lo quieres, lo sabe por cómo lo miras; cede a tus caricias, tu sonrisa, tu amistad. Está confiado en que tú lo resguardas, confía, no tiene motivos para dudar, por eso puede descansar plenamente en tu consuelo. ¿Acaso piensas adoptarlo? Es complicado, ambas sabemos que no podemos cuidar de otro ser porque no tenemos dinero. ¿Y ahora?

—Buscaremos un empleo —contesté decidida—, es necesario para comer y sobrevivir. Vamos ahora, el perro nos acompañará, no lo dejaré solo.

Me levanto y conmigo el animal. Junto con Amparo, caminamos por la ciudad observando tiendas que solicitaban personal con características de tener altos estudios, experiencia y papeles en regla, cosas que en realidad no tenemos.

—Un trabajo oficial simplemente está descartado —dijo seriamente Amparo—. Alguien podría reportar que somos personas extranjeras, indocumentadas, pobres que por necesidad estamos aquí.

Caminamos todo el día buscando un trabajo con el que pudiéramos mantenernos y comprar alimento, pero no lo conseguimos. Los dueños de cada local se negaron. No conviene una empleada sin experiencia, que no está capacitada escolarmente; además, desconfían de nuestro origen y nuestras intenciones. Es injusto, no tenemos ninguna intención más que la de sobrevivir aquí. Comenzar de nuevo con lo que tenemos. ¿Qué más se puede hacer así?

Regresamos a nuestra pequeña casa (ahora también del perro) cansadas y hambrientas. Era de noche, enseguida nos fuimos a dormir. Al recostarme en la cama noté con gran alegría que todavía estaba en mi bolsa del suéter aquella flor, tan hermosa e intacta que recogí en la mañana. La coloque en mi buró y quedé dormida al instante de cerrar los ojos.

Cerca del alba, mi amigo, el perro, me despierta con ladridos de conmoción. Me levanto con esfuerzo para averiguar qué es lo que ocurre. Mis ojos se abren lentamente pero no ven nada, poco a poco se acostumbran a la penumbra. Puedo reconocer una figura oscura, alta y voluminosa frente a la cama. Me levanto apoyándome en el buró; entonces me doy cuenta de que no está la flor. ¿Qué le pasó? En su búsqueda, empiezo a examinar todo el piso hasta tropezar con aquella sombra desconocida. Las luces del amanecer iluminan lentamente la habitación y ahora puedo ver claramente.

¡No lo puedo creer! Aquella sombra gigante es un árbol, pero no cualquiera sino una jacaranda, muy hermosa, con botones a punto de abrir, crecida a la altura del techo del cuarto. La rama más extensa llega a mitad del cuarto y en ella se encuentra la flor perdida, la que recuerdo haber dejado anoche en el buró. Es extraño, yo recuerdo a este árbol. ¡Sí, así es! ¡Es mi árbol favorito!

La memoria desentierra el pasado, la niebla se marcha, ahora lo veo: mi origen. En el país donde yo vivía antes tenía una mamá, un hermano mayor y un tío. Mi hogar se ubicaba en una peligrosa zona, alejada de la ciudad. Tenía una familia y una casa, esta última tenía un patio pequeño pero adornado con la misma jacaranda, exactamente la misma que tengo enfrente hoy. Yo pasaba mucho tiempo platicando y jugando con ese árbol, era mi amigo favorito. También el árbol fue testigo del sufrimiento que padeció toda la población que ahí vivía, incluyendo a mi familia.

En ese lugar, un día cotidiano significaba ver la muerte de personas. El rojo atardecer de todos los días adquirió un color de sangre; el único color en el que yo vivía también es el color de la violencia, el resultado de los continuos enfrentamientos armados entre militares y grupos criminales. Los motivos de los segundos fueron en especial el dinero y el territorio, en cambio los primeros buscaban detenerlos. La masacre abatía tanto a las personas de ambos bandos como a los inocentes que sucumbieron accidentalmente en el encuentro de estas luchas rivales. Mi mamá, alterada, se fue a otro país en busca de mejor vida; prometió regresar para llevarme con ella, pero al final eso no sucedió.

La situación se agravó, ya que el crimen organizado, ante la insuficiencia de soldados en la batalla, comenzó a reclutar a niños en pobreza que aceptaban voluntariamente por dinero; otros niños, en cambio, fueron capturados en sus casas y obligados a luchar contra los militares. Yo pude escapar a tiempo. Mi tío, desesperado por mi seguridad, me mandó a México cuanto antes. Mi hermano decidió que sólo fuera yo porque no había dinero suficiente para ambos; aun así me prometió que nos volveríamos a ver, que siempre sería mi familia. Él y mi tío son mi hogar, por eso ¡cuánto dolor me provocó la despedida!

Cuando llegué a la ciudad de México quise buscar una jacaranda para recordar a mi familia. Caminé a una florería cerca y lo que vi adentro fue... ¡A mi madre! No puedo esperar más, tengo que buscarla. De un salto corrí a la puerta, pero no sola, el perro me acompañaba. Ambos salimos escandalosamente en dirección a la calle, en dirección a la tienda de flores. El crepúsculo de la mañana nos envolvió, el calor del amanecer nos abrigó. Entonces el aroma de una flor trazó para nosotros el camino en busca de mi madre, ¡en busca de mi hogar! Nunca un amanecer me pareció tan magnífico como en este momento.

# Viviendo con el dolor\*

Margarita Guadalupe Jiménez Reyes

**D**olor, muerte, desesperanza, devastación... Es todo lo que puedo recordar de los últimos años que pasé en mi patria natal. Mi nombre es Suyanama y tengo 14 años, pertenezco a los nasa paez, un grupo indígena de Cauca, en mi Colombia.

Camino de vuelta a mi hogar después de otro día de escuela en el Distrito Federal, capital de México. Doña Lupita me ha regañado mucho por mi manía, siempre llego tarde y sucia a la casa que nos ha albergado desde aquellos trágicos sucesos. Debo admitir que me siento avergonzada por causarle estos disgustos; ella ha ocupado un papel de madre en mi vida desde que llegué a México pero no puedo evitarlo, no puedo evitar querer aprovechar esos minutos diarios para reflexionar.

Veo un par de niños jugando en un parque, riendo a carcajadas con lágrimas en los ojos mientras sus madres aguardan sentadas, echándoles miradas de vez en cuando y hablando.

Mi infancia fue muy distinta. Cuando yo tenía ocho años recuerdo que mi padre Atawalipa o A ti –como yo solía llamarle– llevó a mi familia, que en ese entonces estaba conformada por mi mamá Wuayra, mi hermano mayor Wamán y Amaru, mi abuelita, a ver a un grupo de danzantes interpretar el bambuco. Nunca olvidaré el momento en que vi aquella expresión de plenitud en su rostro. Al volver a casa me encontraba absorta en mis ensoñaciones, pensaba en los coloridos trajes que algún día yo usaría, o al menos eso creía.

---

\* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 12 a 14 años.

La música estruendosa y viva de la lauta, las maracas y los chuchos aún alcanzaba a percibirse. ¡Ah, mi corazón se aceleraba y cientos de pequeños escalofríos recorrían mi cuerpo! ¡Cuánto me gustaría volver a experimentar aquella sensación!

Temo que ahora no queda más de eso, sólo mis buenos recuerdos que cada vez se tornan más confusos y lejanos; tal parece que se erosionan con el paso del tiempo.

Sin embargo, no pasa lo mismo con mis recuerdos sobre lo que ocurrió aquel día que los guerrilleros tomaron Cauca, cuando yo tenía 10 años; por el contrario, parecen más vívidos cada vez. Al principio me empeñé en olvidarlo, lo intenté cada día por dos larguísimos años. Siempre fracasé. No sé en qué punto dejé de intentarlo, simplemente supongo que experiencias como las que viví son algo que te deja marcado para siempre.

Sólo falta un poco más para llegar a casa, cada paso me duele, me siento completamente agotada. Anoche no puede dormir, de hecho hace mucho que temo el momento en que deba ir a dormir. He tenido pesadillas cada día desde los 10 años. En mis sueños se repiten aquellos momentos en que las FARC –Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia– llegaron a mi población: las minas antipersona, los asesinatos a sangre fría, las violaciones, los secuestros, las extorsiones... Decidimos que no podíamos quedarnos ahí y con mucho dolor por todo lo que dejábamos atrás nos despedimos de Cauca y emprendimos el viaje para escapar de Colombia rumbo a México. Mi padre decía que ahí tendríamos mejores oportunidades.

Fue una odisea. El viaje apenas comenzaba y ya se nos presentaba el primer obstáculo a enfrentar: la dolorosa despedida de mi abuelita. Prefirió morir en su tierra, aquella donde nació, creció, se casó, en fin, donde estaba su vida, como ella misma nos lo dijo. Mi madre le suplicó que no nos dejara pero ella se obstinó en su decisión; supongo que le entiendo.

El resto de nosotros lo intentó. Mi padre se sacrificó cuando nos descubrieron: llamó la atención de esos terroristas y nosotros pudimos escapar, ésa fue la última vez que le vi. Mi hermano murió en uno de los viajes en tren.

Al fin llego al hogar. Hogar es una palabra curiosa; para la mayoría de la gente representa seguridad, comodidad y confianza; para mí es sólo una palabra vacía cuyo significado existe borroso como un recuerdo lejano.

Al entrar a casa me saluda doña Lupita con esos ojos sonrientes que tiene; está preparando la comida y cuidando a mi mamá. Me sorprende encontrarla despierta, mi mamá pasa todo el tiempo durmiendo. Ojalá yo pudiera.

Mi madre probablemente nunca se recuperará de los hechos, hay algo en su mirada que cambió definitivamente. La miro y pienso que me gustaría poder hablar con ella sobre lo que ocurrió, sólo ella podría entenderme; pero no seré tan egoísta como para hacerla revivir esos momentos.

Doña Lupita y mi mamá se encuentran sentadas en la mesa y al verlas juntas reconozco que ellas son todo lo que tengo, todo lo que queda de mi familia; con este pensamiento me inunda un deseo casi incontenible de llorar, pero no lo haré, no me lo permito. Suspiro y guardo mis lágrimas como estoy tan acostumbrada a hacer.

Le doy un beso en la frente a mamá y comienzo a comer. Doña Lupita intenta animarme y dice algo sobre hacer amigos pero rechazo su conversación cordialmente. Sé que está preocupada por mi carencia absoluta de amigos y mi falta de interés en ellos.

¡Vaya que intenté hacer amigos! Al llegar a México, a los 11 años, después de todo lo que había vivido, creí que al fin se habían acabado mis desdichas, pero no fue así, estaba muy equivocada, sólo había terminado la primera parte. Mi mamá y yo pasamos una breve temporada viviendo en las calles hasta que localizamos un albergue para refugiados. En el albergue nos trataron muy bien y vivimos ahí por un tiempo hasta que se dio la oportunidad de dejarlo. Llevábamos siete meses en el albergue y una alegre señora de 50 años llamada Guadalupe trajo víveres y estuvo una temporada ayudando, platicábamos mucho con ella y un día nos contó su historia: ella nunca pudo cumplir su sueño de tener hijos y su esposo falleció por un paro cardíaco cuando apenas tenía 32 años. Nosotras también le relatamos todo lo que hemos vivido y nos ofreció su hogar para vivir, pues decía que se sentía muy sola.

Cuando vinimos al Distrito Federal o ciudad de México con doña Lupita me sorprendió lo enorme que era, totalmente distinta a todas las ciudades que había visto: había edificios altísimos, cientos de coches, urbanización por donde mirase... Es sorprendente lo distintos que son Colombia y México, a pesar de estar en un mismo continente. Y debo admitir que por algunos instantes una llama de esperanza se apoderó de mí, pero

no tardó en ser sofocada, precisamente cuando ingresé a mi nueva escuela. Los niños pueden ser muy crueles y mis costumbres me han aislado totalmente, y aun así me rehúso a dejar mis raíces. Una creería que el dolor terminaría al escapar de la guerrilla, pero no fue así. ¡Qué intolerante es el ser humano!

He conocido y vivido el verdadero significado de la discriminación y es más duro de lo se puede expresar usando todas las palabras existentes en cada idioma.

A pesar de todo, intento reconstruirme. Con paciencia y resignación puedes aprender a vivir con el dolor, me repito a mí misma como un lema. Todavía tengo esperanza.









Dibujo ganador del segundo lugar:

**En esos momentos**

*Ximena Mendoza Sandoval*

# Mi infierno\*

Itzia Andrea Casaos García

**M**i padre siempre quiso tener un hijo varón, así que cuando nació me puso por nombre Akin, que en lengua nigeriana significa chico valiente. Por razones que no vienen al caso, mi madre no pudo tener más hijos.

Fui educada en la religión cristiana, en una aldea de Warabe en mi país natal, Nigeria.

Asistía con otras niñas de mi edad a clases que nos impartían frailes franciscanos con más buena voluntad que recursos. No vivía en la opulencia, pero tampoco en la pobreza total; me consideraba una niña feliz siempre bajo el cuidado de mis padres y de mis abuelos.

Ser miembros de una minoría en un país tercermundista es difícil, por eso mi padre planteó la posibilidad de emigrar, primero a Europa y después a América. Él partiría primero para después, cuando contara con un trabajo y el espacio adecuado, mandar por mi madre y por mí.

Todo transcurrió según lo planeado, hasta aquel aciago día que nunca olvidaré.

Empezó como un día normal. Mi madre me despertó para ir a la escuela y yo no quería ir, me resistía a dejar la comodidad de mi cama pero mi madre cada dos minutos me repetía la hora y me decía “¡levántate, floja, que ya es hora!” hasta que, harta de oír la cantaleta, me levanté y me vestí. No estaba particularmente ansiosa por ir a la escuela, por alguna razón sentí la necesidad de estar con mi mamá y mis abuelos aunque sabía que eso representaba una carga de trabajo mayor que ir a estudiar. Finalmente, me

---

\* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 12 a 14 años.

apersoné en la cocina donde mi mamá me esperaba con unas tortas de miel y un cuenco de leche, desayuno que ingerí sin mucho ánimo.

Mi mamá me acompañó a la escuela. En el camino, sin ningún motivo aparente, me sentí mal y con ganas de comer, regresar a mi casa y esconderme debajo de la cama como cuando era más pequeña, pero no lo hice; ahora me arrepiento de no hacer caso a mis instintos.

Cuando llegamos a la escuela todo parecía muy tranquilo, extremadamente silencioso, como si de repente hubieran desaparecido todos los sonidos, fue extraño; sin embargo, mi madre pareció no percatarse de ello. Entramos a la escuela y ahí en el vestíbulo empezó mi infierno.

Un hombre alto de raza negra como nosotras recibió a mi mamá con un culatazo en pleno rostro. Otro de estos hombres me tomó a las volandas, cubrió mi boca con su manaza y me encerró en uno de los salones de clase donde ya estaban otras siete de mis compañeras. El hombre me indicó que debía permanecer en silencio si no quería que me ocurriera lo que a él, esto señalando un bulto que se encontraba en una de las esquinas del salón. El bulto resultó ser uno de los frailes, quien yacía sin vida en medio de un charco de sangre oscura. Por increíble que parezca, lo único que se me ocurrió es que el fraile, que era de raza blanca, también tenía la sangre roja como yo.

Al poco tiempo de nuestro encierro varios de estos hombres armados, que después supe que eran de un grupo denominado Boko Haram –estos hombres practican creencias religiosas para mí desconocidas que denominan Islam. Ellos creen en un dios muy parecido al nuestro, que yo pensé que era el único, al que nombran Alá; y su libro sagrado es el Corán, que es un libro muy parecido a la Biblia–, nos subieron a un camión y nos llevaron por caminos sinuosos por horas y horas. Nunca nos dirigieron la palabra; sin embargo, se referían a nosotras como *perras cristianas*, de manera despectiva.

Cuando llegamos a lo que parecía su campamento, fuimos bajadas a empujones y golpes de los camiones. El que parecía el líder los felicitó por sus nuevas *adquisiciones*. Fuimos llevadas a un galerón donde nos desnudaron arrancándonos la ropa y fuimos examinadas de manera procaz nuevamente por el líder, entre risotadas y burlas de nuestros captores.

Fuimos salvajemente violadas de manera tumultuaria, primero por el líder y luego por cada uno de los que integraban el comando que nos capturó, como si nuestra inocencia fuera una recompensa a su acción.

Nmachi, una niña de 10 años, no resistió tal brutalidad y murió. Esto le dio mucha risa a uno de los hombres y enojó al líder, quien golpeó al burlista, pues le dijo que no era su fin el matarnos. Le dio una lección de que nuestro secuestro y posterior adoctrinamiento era para mayor gloria de Alá; y que una vez que adoptáramos la religión islámica, se nos entregaría como esposas para procrear hijos y hacer así una nación más fuerte.

Al día siguiente, entre baños con agua fría, rezos y varazos, empezó nuestro adoctrinamiento en el Islam. Aprendí que esta religión no difiere mucho de la religión católica. Para ellos las mujeres valemos poco menos que nada, no tenemos ningún derecho, vamos, ni siquiera a reír; todo el tiempo íbamos cubiertas de pies a cabeza por una túnica llamada *burka*, esto si no éramos entregadas a algún grupo de nuestros captores. Eran actos terribles llenos de odio y dolor; nunca entendí cómo personas que decían hacer algo en nombre de su dios podían actuar de esa manera.

Fueron meses terribles. Recuerdo que los frailes nos hablaban del infierno como un lugar donde una vez que moríamos las almas que merecían un castigo eran llevadas para sufrir las mayores penas. ¿Qué fue lo que hice? ¿O qué hicieron mis compañeras para merecer este castigo? ¿Es que acaso desobedecer a mi madre y no levantarme temprano merecía este castigo? ¿O fue porque no nací hombre como lo quería mi padre?

Sí, eso debe ser porque aquí no hay ningún niño. A todas las que estamos aquí nos castigó Dios porque no nacimos hombres.

Hoy hace dos meses que fuimos rescatadas por un grupo de soldados de la ONU que se encargó de recuperar a cada una de las niñas y devolverlas a sus casas. Mi madre no sobrevivió a los golpes que recibió aquel día. Estoy bajo el cuidado de mis abuelos pero casi no puedo dormir, en cuanto cierro los ojos recuerdo todo lo que viví. Aparte, no ayuda en nada el hecho de que nos trasladaran a México para evitar represalias, ya que a pesar de ser yo la víctima era vista con desprecio por mi comunidad por haber vivido entre musulmanes.

Aquí las cosas no son muy diferentes. A pesar de que estoy rodeada de católicos, la gente de este país me desprecia y humilla por ser de raza negra, como si el color de la piel reflejara el color del alma.

Desde que llegué en un barco de refugiados al puerto de Veracruz fuimos tratados como animales. Los agentes de Migración nos trataban como objetos, no nos daban de comer ni de beber y nos hablaban a gritos sin

tomar en cuenta que no entendíamos lo que decían, pues ellos hablaban en español y nosotros sólo hablábamos nuestra lengua nativa. Nunca se presentó ningún empleado del Consulado o de la embajada en nuestro auxilio.

Finalmente fuimos depositados con una familia de nigerianos que al igual que nosotros habían huido hacia estas tierras buscando una vida mejor.

Me costó mucho trabajo aprender español, pero cuando lo aprendí sólo fue para darme cuenta de que los mexicanos se referían a nosotros como *esos pinches negros*, atribuyéndonos todos los males, taras y perversiones del mundo.

De nosotros se dice que tenemos sida; que somos ladrones, narcotraficantes, estúpidos; que damos asco; que merecemos la miseria; que somos flojos; que somos prostitutas, homosexuales, etcétera.

Yo quiero creer que todavía hay bondad en este mundo y que la raza humana merece ser salvada, pero aún no me encuentro con la persona que me haga tener la fe necesaria.

# Yashira\*

Kensi Azucena Méndez Guerra

**M**i nombre es Yashira, tengo 12 años y soy originaria de Siria. Ahí nací y viví mis primeros años de vida. Vivimos en la ciudad de Kobani, en la provincia de Aleppo, mis padres y mis dos hermanos; yo soy la hija menor.

Mi mamá se llama Nazli. Ella no tiene un empleo, sólo se hace cargo de los quehaceres de nuestra casa. Mi papá, de nombre Yazid, trabaja como agricultor, sembrando y recolectando frutas y verduras. Mis dos hermanos mayores son Yazareth y Samir, tienen 14 y 16 años. Todos ayudamos en casa y en la venta de las hortalizas para que nuestra vida vaya lo mejor posible.

Aunque vivimos muy humildemente, llevo una vida feliz en Kobani con toda mi familia: padres, hermanos, primos, tíos y abuelos. Estudié el primer grado de secundaria y tengo muchos amigos.

La familia es muy unida, hacemos la comida juntos y limpiamos nuestra casa. Lo que más me gusta es que bailamos dabke siempre que podemos; es una danza muy alegre que bailamos en las noches, siempre conviviendo con la familia. Es lo que más disfruto de las tradiciones y costumbres de mi país.

Pero la vida no es de completa felicidad en Kobani, no todo está muy bien; últimamente se han escuchado muchos rumores de que habrá una guerra. Sí, yo aún no lo quiero creer. Algunos de mis compañeros de la escuela han dicho que de la noche a la mañana veremos tanques de guerra, que lanzarán bombas a la ciudad, que nos sacarán a la fuerza de nuestras

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 12 a 14 años.



casas y nos tendrán como animales en jaulas. Los maestros comentan que no nos preocupemos tanto, ya que simplemente son rumores, pero a veces pienso que existe una posibilidad de que todo eso que dicen sea verdad.

Honestamente no quisiera sentir pánico, pero en cierta ocasión, sin que se dieran cuenta, escuché a mis abuelos hablar de que el gobierno no estaba haciendo bien las cosas, que no se estaban respetando los derechos de las personas y que probablemente algunos grupos de rebeldes se levantarían en armas. Al percatarse de que los oía, rápidamente cambiaron el tema de su conversación y su actitud me puso a pensar en la gravedad del problema.

A mis padres parece que no les preocupa demasiado, o tal vez fingen que no les importa para no angustiarnos, pero mis hermanos y yo tenemos mucho miedo. Tengo miedo de perder mi libertad y a mi familia, de que me maltraten como a los animales, de que me tengan en una vitrina junto a un letrero que diga “se vende”. Simplemente le tengo miedo a la guerra y a sus consecuencias.

Cierta madrugada, mientras todos dormíamos con la tranquilidad que te da un sueño profundo, de pronto unas explosiones cercanas a nuestra casa nos despertaron. Acto seguido, oímos unos gritos que se oyeron bastante imperativos pero que no podíamos entender, ya que estaban en otro idioma.

Mi madre se levantó para ver qué pasaba. Con bastante prisa nos despertó y nos pidió que nos escondiéramos en el patio trasero. La preocupación que había querido ocultar apareció en sus ojos y su voz temblorosa.

De repente unos soldados que no pude ver bien, tal vez eran ocho o 10, derribaron la puerta de nuestra casa y le apuntaron con sus armas poderosas.

Ella intentó correr pero le pisaron su vestido, la sujetaron de un brazo y no pudo hacerlo. Mis hermanos, papá y yo, logramos escapar y nos fuimos de ahí lo más rápido que pudimos. Ya íbamos lejos, pensando que mi madre iría tras nosotros, pero no fue así.

Decidimos regresar y entonces vimos cómo la inmovilizaban, gritándole mientras le apuntaban con sus armas. Parecía que le preguntaban por nosotros o por posibles armas escondidas, acusándola tal vez de algún terrible crimen que ella desconocía.

Samir quiso rescatarla, interponiéndose ante los soldados. Tratamos de impedirselo pero él siempre había sido el más obstinado y no pudimos detenerlo.

Yo, con mis ojos llorosos, grité:

—¡Samir! ¡No! ¡No, por favor, no vayas! —presagiando lo que sucedería... Pero ya era demasiado tarde, a mi madre le habían disparado en la cabeza y a Samir le dieron un tiro en el pecho, en su intento de rescatarla. Sentí tanta rabia e impotencia que en ese momento hubiera preferido que también a mí me dispararan.

Lloré y grité con la poca fuerza que le quedaba a mis pulmones. Quise volver, al menos para abrazar por última vez a mi madre y a Samir, pero mi padre y Yazareth me detuvieron. Hice otro intento por entrar, pero mi padre me tomó con fuerza de los brazos; aunque él también lloraba, me dijo con voz firme:

—¡Ya no puedes volver! ¡Ahí ya no hay nada! ¡Ya no hay nada que podamos hacer! ¡Ellos ya están muertos!

No hablé más. El terror, el coraje y la tristeza invadieron mi cuerpo y mis lágrimas no paraban de brotar. Los tres nos abrazamos comprendiendo nuestro sufrimiento.

Los fuertes gritos y sollozos, mezclados con el llanto doloroso, provocaron que un soldado nos descubriera. Hizo varios disparos. Por fortuna, logramos desaparecer de su alcance.

Cuando al fin tuvimos un escondite seguro, mi padre nos dijo a Yazareth y a mí:

—Tenemos que irnos de aquí.

—¿Irnos? ¿Adónde? —le preguntó Yazareth.

—No lo sé. A cualquier lugar en donde haya tranquilidad.

Oímos cómo explotaba otra bomba; nuestro escondite ya no era seguro.

Todo ese día y parte de la noche caminamos hasta llegar al pueblo más cercano. En la entrada estaban unas personas ayudando; vimos cómo subían a unos niños a unos camiones y se marchaban. Mi papá habló con ellos y le comentaron que había posibilidades de que nos fuéramos a vivir al sur de América, pero que primero iríamos a un refugio en Jordania mientras se buscaban más apoyos y se hacían los trámites con las organizaciones que ayudan a los que huyen de la guerra.

Después de tres meses de estar en Jordania nos dijeron que el país americano que nos daría refugio era Uruguay, pero que sólo Yazareth y yo podíamos ir. Mi padre tendría que quedarse. Él nos abrazó diciéndonos que sólo quería nuestro bien y prometió regresar a Kobani a buscar a sus padres.

Pasaron cuatro semanas y finalmente nos trasladaron a Uruguay. Es un país pequeño pero con bastante tranquilidad; las personas fueron muy amables al recibirnos. Nos instalaron en un refugio temporal; es una villa con dormitorios, jardines y área de juegos. Me gusta mucho porque nos dan buena alimentación y llevan a otros niños a que jueguen con nosotros. Son muy solidarios.

Pero cada noche que hablo con Yazareth lloramos juntos por todo lo que nos pasó en un solo día: mataron a mi madre y en el intento de rescatarla también murió Samir, nos encontramos tan lejos de nuestra tierra y de la familia, mi papá se quedó en medio de la guerra y posiblemente ya esté muerto porque ya han pasado varios meses y no hemos tenido noticias de él.

Ahora estamos en una escuela experimental y hemos comenzado a aprender español. En algunas de las lecciones escolares estudiamos cómo es que a través del diálogo se pueden resolver los conflictos entre las personas, entre los pueblos y entre las naciones. Yo me pongo a pensar mucho en eso y me pregunto; ¿por qué en mi país no pueden terminar con la guerra? ¿Por qué hay tantas contradicciones en el mundo? ¿Por qué tienen que morir tantos inocentes en esta guerra injusta?

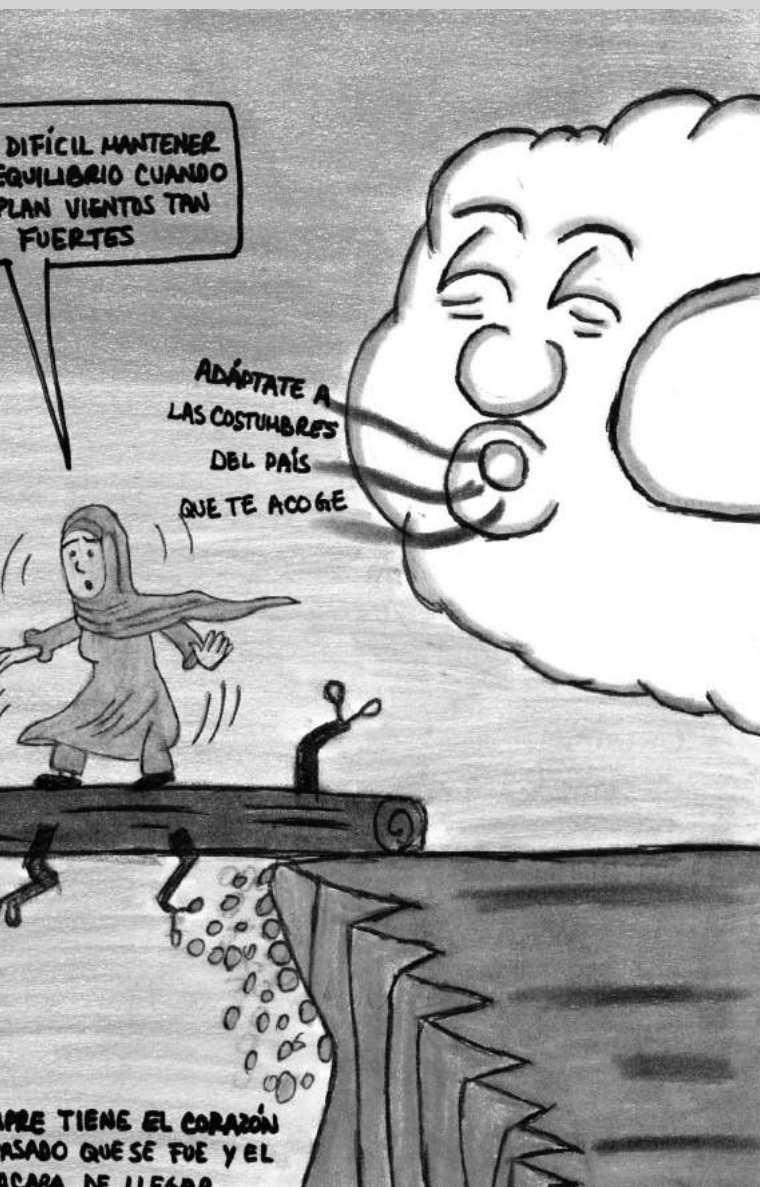
Yo soy Yashira, he cumplido 13 años y espero que la guerra pronto termine para volver a Kobani.



ES  
EL  
SOL

NO OLVIDES LAS  
COSTUMBRES DE  
TUS ANTEPASADOS

EL EMIGRANTE SIEMPRE  
SE PARTIÓ ENTRE EL PASADO  
Y EL PRESENTE QUE NO...



Dibujo ganador del tercer lugar:

**Los emigrantes**

*Denisse Yamilet Ruíz Urrea*

# El inmigrante Nao\*

Luis Antonio Lozano Villa

**E**n una comunidad de Ruanda, en África, nació un niño llamado Nao, rodeado de las peores condiciones que alguien pudiera esperar para cualquier nacimiento: una crisis, hambruna, la guerra civil y persecuciones étnicas.

Nao trabajó desde muy pequeño. La agricultura era su único sustento a pesar de que el terreno no era fértil y la escasez de agua impedía la siembra; sin embargo, esto no le impidió ayudar a sus padres para lograr sobrevivir. No siempre lograban conseguir alimento para llevar a casa.

De esta forma transcurrieron los primeros años de aquel niño. Tuvo dos hermanos que siguieron el mismo camino que Nao, no había mucho de dónde escoger. Aprendieron que había días, cuando llegaban los cargamentos con alimentos transportados por alguna organización, que tenían que correr para obtener algún producto que los ayudara con su alimentación. También esperaban algunos médicos voluntarios o religiosos que pudieran darles medicinas para las enfermedades que tenían en su familia.

Fue precisamente la malaria (enfermedad transmitida por la picadura de un mosquito) la que ocasionó que su padre enfermara. Al inició presentó síntomas de gripe, fiebre, vómito y diarrea, lo que a la larga provocaría su muerte.

Posteriormente, se incrementaron las persecuciones por cuestiones étnicas; el deseo del predominio de una tribu llevó a grupos armados a realizar el asesinato de otras minorías a través de masacres en lugares públicos, como sucedió en un mercado cercano al hogar de Nao, donde falleció su madre cuando pedía algunas monedas o semillas para el sustento de sus hijos.

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 12 a 14 años.

Su situación cada vez era más difícil, el alimento no alcanzaba, por lo que Nao fue reclutado en las fuerzas armadas de Ruanda a sus escasos 14 años, esto le permitió proporcionar alimento temporalmente a sus hermanos.

La guerra y la pobreza motivaron que Nao planeará emigrar con sus hermanos a otro país, como tantos otros lo estaban haciendo. Ya había miles de desplazados buscando huir a otras tierras. Así fue como tuvo contacto con un grupo de personas que intentarían abandonar esta región cuya situación era insostenible.

Se reunieron con otras personas que pretendían abandonar sus tierras, entre los que se encontraban mujeres y niños, algunos enfermos tal vez de enfermedades contagiosas; sin embargo, la situación era desesperada, por lo que esto no era impedimento para acompañarse en su viaje.

Primero atravesaron selvas densas y los peligros que ello significaba; algunos no concluyeron esta parte del trayecto, sus fuerzas se habían terminado. En ocasiones se cruzaron con pandillas que pretendían robarles, llevarlos presos o asesinarlos, pero muchos migrantes llevaban armas que habían conseguido antes de partir o que habían levantado de los muertos que encontraban a su paso.

Su camino no fue fácil, pero lograron llegar hasta unas embarcaciones improvisadas que serían su transporte hacia lo que consideraban una vida mejor. Éstas no parecían sólidas para trasladar a varias personas a través de las aguas de un mar impredecible, pero cualquier cosa era mejor que mirar atrás y regresar a morir en las mismas condiciones.

Después de su embarco y de sufrir las inclemencias de la inmensidad del mar lograron llegar a las aguas de un país de Europa. Nao y solamente uno de sus hermanos habían logrado su objetivo. El más pequeño murió sin que supiera las causas; pudo ser el hambre, la sed o alguna enfermedad.

Poco antes de llegar, la Marina del país europeo ya tenía barcos con militares armados que rodeaban la pequeña embarcación de aquellos aventureros. Los revisaron y fueron llevados a bordo para interrogarlos. Ya tenían la experiencia de que de esta forma se habían introducido al país delincuentes y asesinos provenientes de algún lugar del continente africano.

Les ofrecieron agua y algo de alimento. Fueron trasladados al puerto para ser revisados por médicos que pudieran determinar su estado de salud. También tenían conocimiento de desplazados que habían llegado con enfermedades contagiosas que ponían en riesgo la salud del país que los recibía.

Nao se encuentra optimista tras su llegada a una nueva nación y si bien sus problemas son menores, las dificultades que enfrentan parecen seguirlos. Las autoridades del nuevo país no ven con mucho agrado que extranjeros lleguen a su territorio porque ahora representan una carga. Sólo por cuestiones humanitarias se les tiene que brindar atención básica como alimentos y refugio, pero sólo por cuestiones humanitarias.

Los refugiados pueden vivir en campos de refugiados o en asentamientos fuera de las ciudades, por lo que Nao no sabe cuál será su destino en estas nuevas tierras. Se les dijo que cuando logren ser autosuficientes podrán vivir en donde ellos decidan.

En el campo de refugiados hay poca comida y no es muy completa pero hace tanto que no comían carne y verduras que para ellos fue como un manjar en algún restaurante de lujo. Los dormitorios no son muy cómodos pero eso es mejor que los techos de pajas y las sábanas tendidas sobre hojas en su natal Ruanda.

El lenguaje en verdad se ha convertido en un problema. En ocasiones existen problemas por el robo de artículos o intentos de abusos, principalmente en contra de las mujeres que se encuentran solas o más desprotegidas.

Nao y su hermano se han tratado de acoplar integrándose a las actividades como ir por leña y agua, ayudar en las tareas de la comunidad y tratar de aprender algún oficio; inclusive esperan poder asistir a la escuela.

Este lugar no está exento de racismo; parece que en todo el mundo esta actitud es común y que no importa la distancia entre los países, la discriminación está en todos lados. Al igual que otros refugiados, Nao llegó a sufrir comentarios en relación con su origen o su raza; sin embargo, nunca reaccionó de forma agresiva, sabía que las personas que se expresan de esa forma ignoran que el fomento de estas manifestaciones puede desencadenar grandes crímenes.

Nao espera que los trámites legales no les impidan quedarse en este país que también tiene sus problemas y sus defectos, pero que actualmente no tiene las carencias y conflictos que tenía Ruanda cuando decidieron dejarlo. Los sufrimientos que vivieron en su lugar de origen no se pueden olvidar, ni la tristeza de saber que perdieron a sus seres queridos.

Su cambio de vida en un país extraño implica un cambio de mentalidad; el adaptarse a nuevas costumbres y entender la forma de pensar de los habitantes de este lugar lo han llevado a pensar en la forma en que puede



ayudar a sus compatriotas. Por eso está decidido a estudiar y prepararse para ayudar desde el exterior.

El comenzar con una vida en otro país, con otro idioma, otras ideologías y costumbres, y en donde no conoces a nadie representa un obstáculo para el desarrollo de cualquier individuo.

En alguna de sus salidas de la comunidad, Nao conoció a un grupo de personas que pertenecían a una organización que ayudaba a las personas inmigrantes y les brindaba apoyo para ingresar a una escuela especial y recibir una buena educación para lograr conseguir un buen empleo que les permitiera tener una vida mejor.

Al paso de los años, Nao se convirtió en una persona muy interesada en ayudar a las comunidades que se encontraban en la misma situación que tuvo durante los primeros años de su vida. Junto con su hermano formó una organización que ayuda a los refugiados que llegan de otros continentes.

Fin.

# Eterno caminar\*

Mariana Monserrat Marín Ramírez

Cubro mis oídos de las fuertes detonaciones del exterior; estoy sola, mi única compañera es la luna que se erige segura, plácida y silenciosa sobre mi cabeza. Me refugio en los escombros de un edificio hecho trizas. Por la parte frontal busco algo, lo que sea: agua, comida, mantas, pero para mi sorpresa me encuentro con el cuerpo y la cabeza de un pequeño niño cubiertos de sangre, con los ojitos vacíos mirando hacia la nada. Cubro mi boca para oprimir un grito, las lágrimas queman mis ojos y emanan a borbotones. Me retiro corriendo torpemente entre los escombros, ¡estoy pasmada y mi corazón late con demasiada fuerza! Caigo estrepitosamente lastimando mis rodillas y mis manos con los guijarros y los vidrios esparcidos por el suelo a causa de las explosiones.

Estoy débil; hace algunas horas perdí todo lo que poseía y no he parado de correr o esconderme, mantenerme en movimiento me mantiene viva. Escucho cómo las explosiones y los gritos se acercan hacia mí. Sigo corriendo a pesar de que siento arder mis pulmones, el aire frío de la noche entra en ellos como cuchillos afilados y corroe mis huesos. Intento buscar un lugar donde pasar la noche, un lugar donde la muerte no encuentre su camino. Un lugar seguro.

Camino sigilosa y aturdida dos, tres y cinco cuerdas antes de encontrar una antigua escuela reducida a una montaña de escombros. La noche ahora es silenciosa pero inquietante, unas nubes grises cubren el brillo plateado de la luna y comienzan a caer pequeñas y delicadas lágrimas de plata.

---

\* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

Las pequeñas gotas pronto se convierten en un torrente y me veo obligada a resguardarme en lo que antes había sido una escuela.

Trato de eliminar algunos escombros de mi camino, pero no quiero mover nada más... tengo miedo de encontrar cuerpos infantiles mutilados. Mientras me abro paso entre los escombros vislumbro un líquido rojizo, aparto la mirada rápidamente y encuentro un pequeño orificio de escombros apilados en forma de tejabán. Siento cómo se evapora el calor de mi cuerpo y me apresuro a entrar a mi pequeño refugio. Cuando lo hago todo mi cuerpo comienza a temblar; una de las causas es el frío, pero la otra es el miedo, el miedo que me profesa estar sola en la oscuridad rodeada de cadáveres y perdida, perdida en un mundo que ya no sabré reconocer...

Han pasado ocho horas desde que las bombas y los soldados profanaron mi hogar, mi pueblo, mi familia, masacrando a quien se cruzara por su camino. Recuerdo en mi huida los cuerpos esparcidos por el suelo, las personas con terribles heridas cubiertas de sangre y con quemaduras espantosas. Yo estaba llorando mucho, la gente corría a todos lados, algunos también lloraban sobre personas tendidas en el suelo con la mirada fija en el vacío. La gente profería gritos de terror, se escuchaban lamentos y agonizantes gemidos...

Aún recuerdo el pálido rostro de mi madre acariciando mi cabello y su mirada benévola que me anunciaba que todo iba a salir bien; pero de alguna manera yo sabía que eso no era cierto, que todas las personas que estaban ahí iban a morir o ya lo habían hecho y que sus cuerpos quedarían reducidos a piltrafas.

Cierro los ojos. La imagen de mi madre lacera mi cabeza, ella era lo único que me quedaba y me fue arrebatada por un soldado inhumano. Recuerdo el terrible estruendo de la ametralladora detrás de nuestras espaldas, gente y niños corriendo desesperados, buscando un refugio y un sitio seguro para resguardarse; mi madre siendo disparada en la nuca y cayendo al suelo, sus ojos café mirándome con dulzura por última vez y cerrándose para siempre mientras yo la tomaba en mis brazos y su sangre inundaba mi regazo.

—¡¡¡No!!! —grité.

Mi cerebro da vueltas y yo sólo puedo hundirme en el dolor por mi madre, por todas las personas mutiladas que encontré en mi camino, sus familiares exaltados, sufriendo alrededor de sus cuerpos, niños pequeños

sepultados bajo los escombros; sangre y dolor por doquier. Mis ojos estallaron en lágrimas y mi garganta profirió en sollozos.

No podía entender la razón por la que los soldados habían participado en un baño de sangre, y lo peor, ¡que no les importaba terminar con la vida de personas, inocentes o culpables! A fin de cuentas terminamos sufriendo las consecuencias de los despiadados actos de personas malvadas que han destruido nuestras vidas porque sólo somos un objeto para ellos, ¡mientras nosotros nos aferramos a los recuerdos y a las esperanzas de nuestros sueños destruidos para seguir adelante!

Mi espíritu se siente vacío y débil. Me ahogo en el dolor. Finalmente, después de un prolongado letargo, caigo dormida y a la mañana siguiente un rayo de sol que se colaba entre los escombros me despertó. Mis ojos se lastimaban ante la luz y los fui abriendo poco a poco; las nubes de tormenta de la noche anterior se habían removido del cielo permitiendo una mañana soleada, no obstante fría. Me levanté haciendo caer algunos escombros y salí sigilosamente, sorteando entre restos y ríos de sangre espesa.

Una vez fuera, camino sin rumbo durante varias horas, anhelante de una señal de vida, pero no, todo en ese lugar apeataba a muerte. Llegué a un edificio departamental y observé que en la acera se encontraban una pequeña maleta de mano abandonada y un sombrero. Me acerqué lentamente, el sombrero estaba cubierto de sangre y la maleta tenía salpicaduras también. Seguí caminando y mi garganta profirió un grito al encontrar al dueño. ¡Aquel pobre hombre tenía un disparo en la cabeza y una enorme herida que mostraba parte de su cráneo! Un hilo de sangre le llegaba hasta la barbilla y se escurría en el suelo, formando un enorme charco. Retrocedo inmediatamente.

Corro sobre las calles destruidas hasta encontrar un barrio que parece estar a la mitad de una demolición; una casa sin fachada asoma sus habitaciones desiertas, escombros y cenizas. Escalo torpemente la pila de escombros y consigo entrar a la maltrecha casa. Logro pasar por un pasillo semidesplomado y llego a lo que parecía haber sido una cocina; la cocina permanece en pie, está desordenada y mugrienta pero entre las gruesas capas de cenizas y polvo diviso una dañada fotografía. Limpio un poco la suciedad de la foto y observo los rostros de cuatro personas alegres. Era una familia, al parecer tenían dos hijos, un pequeño varón y una sonriente mu-chacha. Una punzada de dolor invade mi pecho e imagino conversaciones de la familia sentada alrededor de la mesa que nunca van a volver a suceder.

Además, encuentro una edición vieja de periódico anunciando los primeros bombardeos a la ciudad de Homs.

¡Soy impotente, no puedo hacer nada respecto a mi destino! Me tiro en el sucio suelo y me hago un ovillo. Estoy así un rato y me quedo dormida. Despierto por nuevas detonaciones de granadas y disparos distantes. De pronto me doy cuenta cuán hambrienta estoy, no he comido en días y el hambre y la sed me están golpeando con todo lo que tienen. Me pongo en pie, no sé qué hora es ni cuánto tiempo he dormido. Miro al cielo por un agujero de lo que antes había sido el techo, las estrellas se amontonan una sobre otra en el firmamento estelar.

Suspiro y dejo que el aire nocturno llene mis pulmones. Entonces caigo en la cuenta sobre el sitio en el que estoy, una cocina. Comienzo a buscar rápidamente por las alacenas algún alimento pero no encuentro nada. Una vajilla completa, tazas, harina y latas de comida para perro son lo poco que queda, hasta que vislumbro en lo más profundo de la alacena una lata olvidada. La esperanza alienta a mi cuerpo a estirarse y tomarla; sonrío y unas silenciosas lágrimas se escurren por mi rostro, pero esta vez son de felicidad, mientras busco entre los cajones y encuentro un desarmador. Lo tomo y golpeo con él la superficie de la lata; me lleva varios intentos perforarla. Cuando puedo hacer una apertura decente quito la tapa de la lata y observo su contenido: frutas en almíbar. Tomo una cuchara y como por primera vez en bastante tiempo, disfrutando cada dulce cucharada mientras observo a las brillantes estrellas y respiro por unos momentos de calma.

Termino la lata de frutas, pero aun así tengo hambre. Me obligo a seguir y me levanto, mi mente ha pensado en un destino y mis esperanzas comienzan acumularse en mi pecho. Llego a Libia al cabo de dos días. Me cruzo en el camino de dos generosas familias que me alimentan, cuidan, apoyan y me hacen sentir humana otra vez; pero al irse me quedo sola nuevamente, vagando por las calles de Libia, hambrienta y cansada.

Llega un momento en el que escucho mi nombre pronunciado por la voz lejana de mi madre. ¡La tristeza me invade! Cierro los ojos y recuerdo su pálido rostro.

—Lila... Lila... —la escucho murmurar.

¡Noches enteras he anhelado que la muerte me lleve en sus compasivos brazos, pero por más que espero, la muerte no atiende a mi llamado y prolonga mi sufrir!

Comienzo a sentir la falta de cariño y un hogar. ¡Ahora ya no tengo familia!, mi padre murió años atrás. Cada día intento buscar ayuda y alimento en los mercados locales, pero el desprecio es lo único que se me otorga. Duermo sola, padezco de frío durante las noches. Estoy maltrecha, ya no recuerdo lo que era la comodidad, el delicioso placer de ducharse con agua caliente y de arrojarse en una cómoda cama; ahora duermo debajo de toldos o puentes, rara vez como, me alimenta la escasa agua de lluvia y los desperdicios del mercado. Aún por las noches me persiguen pesadillas y me asaltan los recuerdos de momentos felices, pero eso sólo ayuda a sentirme peor y solitaria. Los horrores de aquel día me visitan por las noches, mi visión se empaña en lágrimas y ya no quiero seguir. Personas han querido ayudarme; dos veces me han preguntado si quiero servir de prostituta, dos veces he dicho que no y las dos veces he recibido bofetadas o escupitajos por parte de mis agresores.

Antes soñaba con mi futuro, pero ahora no sé qué pasará después. El miedo llena mi corazón y el sonido de la guerra murmura en mis oídos; el sonido del hambre y la violencia.

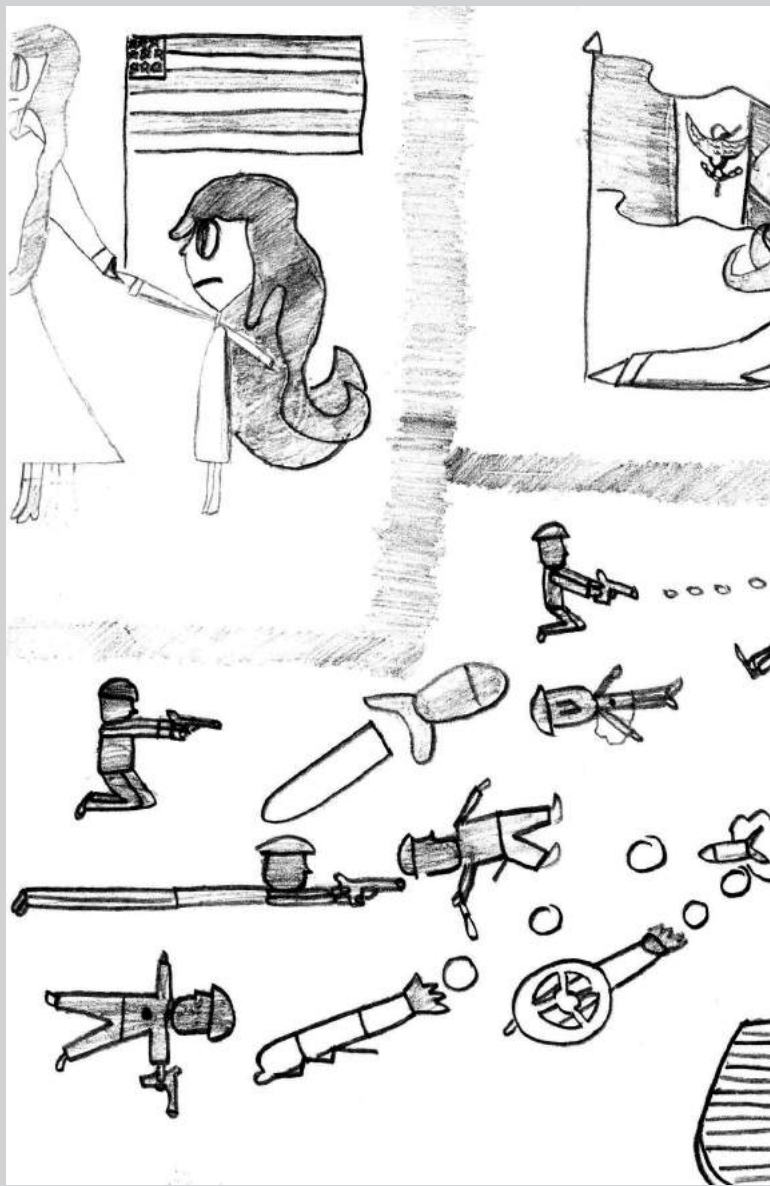
Continúo por mi eterno camino, huyendo sin rumbo mientras las personas a las que les pido ayuda en la plaza o el mercado hacen miradas ciegas y oídos sordos y continúan con su andar; yo también continúo con el mío, vacilante, buscando un poco de ayuda. No entiendo por qué tuve que perder a mi madre, mi casa, mis amigos, mi escuela. ¡Todo lo que alguna vez amé ya no existe en este mundo, me arrebataron todo cuanto conocía y destruyeron mi vida y la de millones de personas más! No comprendo la maldad y brutalidad con la que fueron asesinadas miles de personas ese día y mucho menos las razones por las que esos asesinatos se cometieron; sólo sé que me quitaron a mi familia y destruyeron mi vida, y que a esas personas no les importó lo que destruían.

Esa noche encuentro mi camino por el desierto. Estoy débil, enfermiza, los huesos de mis costillas se asoman a través de mi ropa; una ráfaga de aire frío me hace temblar, mis piernas flaquean y caigo en la fría arena del desierto. En ese momento veo cómo el resto del mundo y del desierto se funden en blanco, mis ojos comienzan a cerrarse y de pronto siento un súbito ascenso. Me siento tranquila, en paz, parece como si estuviera en un sitio cálido. Ahora ya no tengo más frío y mi estómago

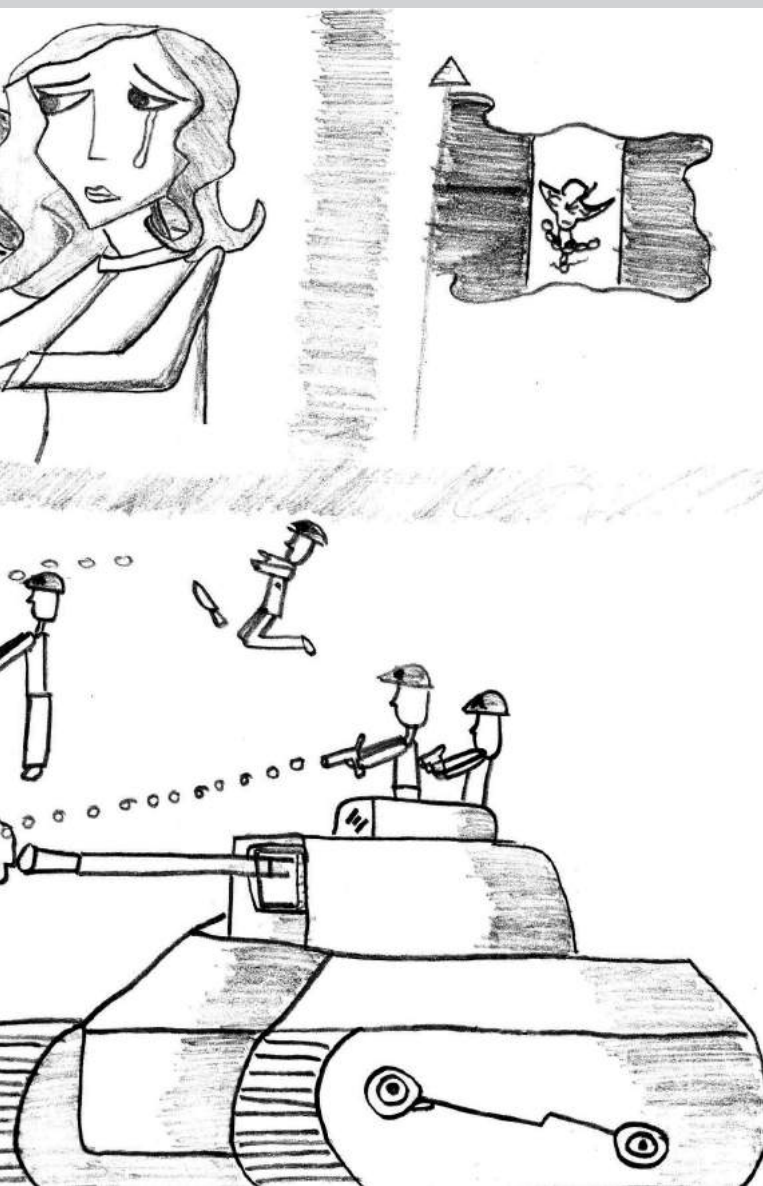
ya no se retuerce de hambre. Abro los ojos y me encuentro con otros profundos ojos cafés que me miran con dulzura.

—¿Mamá? —susurro.

Y entonces, comprendo...







Dibujo con mención honorífica:

**La vida en el extranjero**

*Aixa Ximena Camargo Zacatzi*

# Hacia mi libertad\*

Melany Cangas Ramos

## *La llamada*

—¡Muy buenos días! Radio Martí transmitiendo desde Miami. ¡Y siguen llegando más cubanos! ¿Sí? ¿Bueno? ¡OK! Tenemos un reporte desde la estación migratoria de Cancún, México. ¡Adelante!

—¿Sí? Soy Liván Cangas... Estoy llamando desde México. *Acabamo* de llegar 12 cubanos de Pinar del Río. *Llegamo* bien, sólo uno enfermo.

—¿Y quiénes son?

—Miguel Marrero, Iván Valdez, William Hernández, Roberto Sánchez, Tato, Pacheco, Miguel Pando, Manuel, Toli. ¡*Alabao!* ¡Creí que nunca haría esta llamada!

## *La decisión*

Unos días antes...

En casa de Liván, a la hora de la comida, Anita, madre de Liván, se disponía a servir la comida como todas las tardes de los viernes, pues no era fácil que coincidieran Bolívar, padre de Liván, Liván y Anita.

Anita pregunta muy amorosa:

—Bolívar, Liván, ¿les sirvo *máarró con grí?*

Y en ese momento se oyen unos toquidos fuertes en la puerta.

—¡Vaya! Parece que llegó el dueño de la casa —gruñó Bolívar sin imaginar lo que ocurriría de ahí en adelante.

---

\* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 15 a 16 años. Es importante mencionar que el tercer lugar de la categoría de 15 a 16 años se declaró desierto con base en la cláusula octava de las bases de la convocatoria.

Bolívar se dirige a la puerta y más tardó en contestarla que abruptamente la policía en interrumpir la paz del lugar y obligar a los tres a sentarse en la sala mientras registraban todos los cuartos en busca de piezas de motos supuestamente sustraídas de un almacén del gobierno a cargo de Liván.

—¿Quién es Liván? —preguntaba el jefe de cuadrilla mientras los golpes de puertas y cajones al piso, el ruido de alguno que otro jarrón roto y el azote de objetos, maletas, muebles, etc., ensordecían los gritos de unos policías con otros.

—¿Dónde están las piezas? —gritaba el comandante—. Dinos dónde las escondiste o te vas a arrepentir.

Liván permanecía callado pero muy atento a la reacción de sus padres, pues ya pintaban canas y Anita sobre todo tenía ya un corazón débil y sabía que no resistiría fácilmente. Por su parte, Bolívar siempre había mostrado una personalidad férrea y de hombre valiente.

Del fondo de la casa se oye a uno de los guardias gritar:

—¡No hay *ná*, mi comandante! ¡Ya registramos todo! En la próxima, Liván. ¡Cúidate! ¡Acuérdate que la seguridad cubana no se equivoca! Si no es hoy, en la próxima de seguro te *agarramo*.

A partir de ese día la familia queda tan nerviosa y asustada que cualquiera que llamara a la puerta hacía que temblaran pensando que nuevamente era la policía con una orden de registro. Liván, sin dormir por las noches, pensaba:

—Tengo que tomar una decisión importante en mi vida. Voy a abandonar el país... De que mis padres mueran de un infarto, estoy dispuesto a ahogarme en el mar primero.

Una mañana sale decidido a buscar a Miguel.

—¡Miguel! Me voy... me voy del país... ¿Supiste del registro a mi casa?

—Sí, Liván, me enteré que la policía está tras de ti.

—Sí, compadre. Tú *sabe* que no se puede de otra forma, aquí por mucho que uno invente no logras *ná*. ¡Mírate tú... a tus 45 sólo con carencias y problemas!

Miguel, pensándolo, decididamente le contesta:

—¡Tienes razón, compadre! ¡Me voy contigo! Pero... ¿tienes idea de cómo lo *haremo*?

Miguel y Liván empezaron a contactar a diferentes personas que sabían que estaban en las mismas circunstancias, aunque por motivos diferentes.

—¿Recuerdas al Toli, Liván? —preguntó Miguel Pando.

—¡Sí! ¡Claro! ¿El que estudió contigo?

—¡Sí, hombre! Ahora es capitán de barco, un barco de 30 pies y que encalla aquí en la Coloma.

—¿Y para quién trabaja?

—Para una compañía veterinaria. Se ocupan del suministro pesquero.

—Voy a hablar con él.

—Déjame eso a mí, y si dice que él nos ayuda... ¡la tenemos ganada, Liván! Miguel Pando, decidido, visita al Toli en su casa:

—¡Hey! ¡Compadre! Supe que te graduaste de capitán de barco, ¡y mírate tú... hasta casita cerca de la capitania de puerto! ¡A eso le llamo yo suerte, viejo!

—Bueno, viejo, ¡salú por esta visita! ¿Y qué te trae por aquí?

Miguel Pando le narra a grandes rasgos lo que Liván y él habían acordado previamente, a lo que el Toli responde sorprendido:

—¡Oye, Pando! ¡Pero tú *sabe* que eso no es fácil! Sólo si tú me respondes con la gente que sea de confianza hacemos el viaje. Además necesito dejarle dinero a mi familia, pues no sé qué pueda pasar. Si consigues dos mil dólares, ¡yo voy! Sólo acuérdate que estamos jugándonos el pellejo. ¡Son 20 años de prisión, Miguel!

—Tienes razón, Toli, pero si no es ahora... ¡es nunca!

Al día siguiente se encuentran Miguel y Liván y charlan.

—¡Lo conseguí, Liván! ¡Lo conseguí, hermano! ¡El Toli nos va a ayudar! ¡Ya tenemos el barco! ¡Lo conseguimos! ¡¡¡Esto es para nosotros, viejo!!!

Liván, emocionado, dice:

—Yo respondo por el petróleo y la comida para todos. Yo me hago responsable del Toli hasta llegar a nuestro destino.

—¡Vaya, viejo! ¡Hay que celebrar! ¡Salú!

Mientras tanto, el Toli había contactado a tres personas para el viaje e informaba a Miguel Pando que sólo faltarían cinco más. También quedaban en que tendría que llevarse a su ayudante, Manuel, un muchacho de 22 años al cual nadie le diría nada sobre el plan, pues de comentarle no contarían con él, ya que la esposa de Manuel estaba embarazada y él no pretendería abandonarla.

En casa, Liván daba vueltas alrededor de su cama pensando:

—Deberemos conseguir a alguien que sepa de mapas para que trace la mejor ruta y huir sin contratiempos. Le llamaré a Miguel.

Ambos contactan a un profesor de la universidad, el cual traza un recorrido desde La Salina y hasta México, ya que es la zona menos vigilada por la Guardia cubana.

A los 15 días ya estaba la expedición casi completa. La gente que faltaba se conseguiría el mismo día de la huida, pues no podían arriesgarse a que los delataran con la policía.

Liván y Miguel deciden verse en casa del Toli y poner en claro esto para ver los últimos detalles sin que se imaginaran lo que acontecería. Llegando a casa del Toli, Miguel fuera de sí pregunta:

—Pe... ¿pero qué es esto? ¡Parece que hay fiesta!

Liván, a su vez, acercándose al Toli le pregunta:

—¡Ven acá, chico! ¿Por qué se están comiendo la comida que tenemos para el viaje? ¡Toli! ¡Si por alguna razón no se hace este viaje tendrás que pagarme cada centavo de lo que te has comido! ¿Óíste?

Toli, espantado, responde:

—¡Cálmate, viejo! ¡Estás exagerando! ¡Date cuenta que ésta es la última vez que conviviré con mi familia, *coño*! ¡Cálmate!

Al otro día, después de la discusión, el Toli corre a casa de Miguel Pando para avisarle que le había llegado el permiso de salida. Miguel se preocupa y comienza a pensar en las personas que faltan para poder entregar el dinero a la esposa del Toli.

Al mismo tiempo, en casa de Liván se lleva a cabo un momento muy emotivo. Liván, triste, se dirige a sus papás:

—¡Papá, mamá, me voy del país a las ocho de la noche! ¡Ya está todo listo!

Anita, su madre, desconcertada le dice:

—¡Pero cómo, Liván! ¿A dónde vas? ¿Con quién te vas? ¡Por Dios, Liván! ¡Estás loco, *mijo*!

Bolívar, su padre, resignado le pasa el brazo por los hombros y acercándolo a su regazo le pregunta:

—¿Lo has pensado bien? ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? ¿Sabes? He escuchado por la radio que sólo 10 de cada 100 llegan con vida, Liván. ¡Si se salvaran de la Guardia cubana, de los tiburones no! ¿Y las tormentas, Liván? ¡No! ¡No, Liván! ¡Piénsalo bien, mijo!

Bolívar se levanta incrédulo, sin esperanza. Toma dos abrigos y se los da a Liván diciéndole resignado:

—Aquí tienes, éstos para ti y para Miguel, sé que él irá contigo. ¡Que la Virgen de la Caridad los proteja!

Liván sale de su casa en dirección a la de su pequeña hija Anileidy. Ella estaba familiarizada con una palabra, la *yuma*; siempre esperaba por las tardes la señal de su papi asomándose por la reja de la ventana para irse de paseo juntos. Anileidy, de dos años y medio, sale al escuchar el chiflido de su papá como todas las tardes, y corriendo a sus brazos le pregunta:

—Papi, ¿adónde vamos hoy?

Liván, con una tristeza contenida, le contesta:

—No, hija... ¡hoy no! Hoy sólo vengo a despedirme, mi *churri*. Me voy... ¡Hoy me voy *pa la yuma*!

Anileidy, sorprendida y con la inocencia que le caracterizaba, pregunta:

—¿A la *yuma*, papi? ¿Ahora sí vamos a la *yuma*?

Liván, abrazando contra su pecho a su chiquita, su *churri*, la besa en la frente, y al dejarla de nuevo en el porche de su casa la niña, sin entender qué pasa pero presintiendo un adiós por largo tiempo, ve cómo su padre se aleja.

Mientras Liván se aleja, deja correr lágrimas de un futuro incierto, sin garantía ninguna de regreso y menos de sobrevivencia, pero sabía que esa decisión era inminente. Cómo explicarle a la chiquita, el tiempo quizá como su compañero le explicaría algún día por qué ese beso de su padre habría sido el último.

Liván llega al parque donde solían pasar las tardes juntos tratando de calmar sus emociones y buscando a Miguel Pando, pues ésa era la noche. Miguel vislumbra la silueta de Liván diferente a todos los días. Se le acerca y le pregunta:

—¿Estás bien? Te veo... desencajado... ¿Qué te pasa? ¿Te has arrepentido? ¿Viste a tu hija?

—Sí, Pando, me acabo de despedir de mi *churri*. ¿Tú crees que la vuelva a ver algún día?

—¡Vamos, viejo! Todo va a salir bien. Aún con lágrimas en los ojos, bueno, todo tiene que salir como lo planeado. Voy a buscar dos carros para irnos todos juntos. Tiene que ser alguien de confianza, ¡tú *sabe*! Ve tú a recoger el dinero y paso por ti en una hora.

Transcurrida una hora, ya estando en camino a la playa de La Salina, Pando, con dos integrantes en un coche, y Liván con otros tres más, se acercan a la playa de donde se podía ver el barco a unos 20 metros. En él se encontraba el Toli y su ayudante preparándose para salir a pescar.

En Cuba es tradición que cuando se destapa una botella de ron se vierte un poquito en el piso, pues es un trago que se le ofrece a San Lázaro, santo patrono de Cuba.

—¡Salú! ¡Por San Lázaro! ¡Por la Virgen de la Caridad! ¡Por nuestra libertad! ¡Por los que se quedan y quizá no *veamo má!*

El sol pardeaba en el horizonte y el reloj les marcaba que la hora había llegado. Comenzaron uno a uno a sumergirse en los manglares cercanos a la playa donde aparentaban tener una celebración de simples pescadores preparándose para la jornada. Sigilosamente fueron uno a uno acercándose hacia el barco donde a una señal del Toli subirían sin ser vistos por la Guardia cubana.

Los reflectores guardafrontera daban vuelta como presintiendo que esa noche no era como las anteriores. El tiempo corría tan lento y el piquete de los moscos hacía la espera una eternidad. Pasaron ahí sumergidos cerca de cuatro horas esperando la tan esperada señal; finalmente, la luz parpadeando del barco del Toli hizo la señal. Uno a uno se fueron introduciendo en el barco en la oscuridad de la noche, esquivando el paso del haz de luz del faro y de la patrulla de la Guardia cubana.

Una vez todos dentro del camarote temblaban de incredulidad y al saber que no había marcha atrás. Liván, por su parte, se decía para sus adentros, viendo alejarse la tierra que lo viera nacer:

—¿Volveré a verte, Cuba? ¿Regresaré algún día por los padres míos? ¿Por la hija mía? O es posible que jamás los vuelva a ver... Ahora que me veo en el mar, ¿podré tocar tierra de nuevo?

Toli, mediante señales de luces, avisa a la guardafrontera que va a salir, le contestan desde el faro y comienza el avance del barco mar adentro. Toli grita al grupo:

—¡Que nadie vaya a salir del camarote! ¡Ya dieron la señal de salida!

Manuel, el chico de 22 años, ayudante del Toli, le comenta extrañado, desconcertado:

—¡Toli! Si vamos a pescar, ¿por qué nos desviamos a 21 grados? ¿Qué pasa?

Toli, nervioso y a la vez enérgico, le contesta:

—Pregúntale a Liván y a Pando, ellos te van a explicar.

Manuel, desesperado, entra en el camarote buscando a Pando. Grita dirigiéndose a Liván:

—¡Liván! ¡Pando! ¿Qué es este lío? ¿Qué está pasando?

—¡Cálmate! —le contesta Liván—. ¡Cálmate! Nosotros nos vamos a México. Si quieres, llegando a nuestro destino tú dices que te secuestramos y pides que te regresen.

Pando, en tono burlón, le contesta:

—¡Seguro si te regresas, Fidel te hace comandante de la revolución! ¡Jajajajaja!

Manuel, enojado, les grita:

—¡Traidores! ¡No sobreviviremos! ¡Moriremos todos! ¡Lo verán!

Después de 30 millas el oleaje empujaba muy alto y comenzaron a desesperarse. A William e Iván, otros de los integrantes, tuvieron que inyectarlos para dormirlos porque de la desesperación querían aventarse al mar.

Pasaron dos noches con sus largos días bajo la tormenta y comenzaron a perder la esperanza. Al tercer día, por la madrugada, Manuel despierta a Toli.

—¡Toli! ¡Toli! ¡Despierta!

—¿Qué pasa, *coño*? ¿Qué hora es?

—¡Son las cuatro de la mañana! ¡Tenemos problemas! Se rompió la banda del motor y vamos a la deriva. ¡Nos vamos a morir! ¡Virgen santísima! ¡Se los dije! —gritaba Manuel—. ¡Que no lo íbamos a lograr!

Liván despierta y grita:

—¡Cálmense! ¡Cálmense! ¡Cálmate, Manuel! ¡Pando, ayúdame a checar la avería! ¡Manuel, saca el agua del fondo! Toma una cubeta o lo que encuentres.

William a su vez, pero delirando, decía que nadie se iba a salvar, que era una mentira que llegarían a tierra firme. Liván trata de calmarlo:

—¡Duérmete, que cuando despiertes vas a estar en tierra, *coño*!

Pando se acerca y le dice:

—Sólo ten presente que ninguno de nosotros va a dejar que te pase nada. ¡Duérmete, ten confianza!

Aunque entre ellos no se conocían en Cuba, ya metidos en este lío eran uno sólo. Se había estrechado una gran amistad, ¡eran casi hermanos!



Clareaba la alborada y el Toli, tratando de calmar a todos les dice:

—Ya pronto veremos tierra, ¡se los prometo! Ya vi una gaviota y eso significa que la tierra está muy cerca.

Uno a uno comenzaron a salir del camarote. Incrédulos y sorprendidos, ven unas manchas que se mueven a la velocidad del barco y por los dos lados.

—¡Miren! ¡Son delfines! —grita Liván. ¡Miren cómo saltan! ¡No lo puedo creer!

—¡No los toquen! —grita el Toli—. Generalmente atrás de los delfines vienen los tiburones. ¡Tengan cuidado!

Tres horas después aproximadamente, Manuel grita:

—¡Tierra a la vista! Parece que estamos frente a Cabo Contoy, cerca de Cancún. ¡Miren!

Como los exploradores de Colón, comienzan todos a gritar:

—¡Tierra! ¡¡Tierra!! ¡¡¡Tieerraaaaa!!!

Satisfecho, el Toli les comunica:

—Sólo nos toca esperar a que nos detenga Migración.

—¿Por qué no nos acercamos más a tierra? —pregunta Manuel.

—¡No! Ni podrían bajarse nadando y tocar tierra, pues seríamos acusados de violación territorial y seríamos deportados inmediatamente a Cuba.

Se oyen motores y divisan a la Marina mexicana acercándose y exigiendo al capitán que identifique la nave extranjera y cuántos tripulantes hay a bordo, apuntándoles y pidiéndoles que se pongan a la vista, de pie y que vayan identificándose.

—¿Quién es el capitán? —pregunta el oficial de la Marina mexicana.

A su vez, comienzan a pasarlos a las lanchas mexicanas, vacunándolos y pidiendo sus identidades. ¡Estaban todos a salvo!

O eso creían... Días después, estaban rumbo a Colombia y habían sido despojados de su identidad original... La pesadilla apenas comenzaba. La llamada a Radio Martí había sido un sueño que Liván deliraba después de cada día de tortura.

# La última semilla en la Tierra\*

Emilio Vázquez Romero Castany

**H**ubo un tiempo en el que teníamos mamá y papá, cuando el agua brotaba de las nubes y de las montañas. El mundo estaba cubierto de pasto verde, las copas de los árboles llenas de hojas que resplandecían por el brillo de un sol cálido y abrasador. Los animales, del más pequeño al más grande, rondaban libremente por los bosques sin miedo ante nuestra presencia, pues éramos de la misma sangre, ellos y nosotros. El cielo era azul como el agua del mar, con nubes blancas con forma de borreguitos.

Desde el comienzo de los tiempos, y por muchos años este lugar fue un paraíso terrenal donde los hombres obraban por la hermandad y el amor entre ellos. No existía el odio, el orgullo ni la codicia por el poder; sólo existía la paz y la serenidad de los primeros años y los primeros hombres. A este lugar lo llamábamos Tierra.

El trabajo de los hombres, nuestros padres, era sembrar la tierra. Cada uno cultivaba una semilla diferente para el sustento de la vida en nuestro ambiente y el de todos los seres vivos. Los árboles que brotaban de ellas nos bendecían con regalos como la prudencia, la bondad, la justicia, la igualdad, la templanza y la unidad. Estas virtudes nos mantenían unidos como un solo pueblo, una sola familia. Eso fue en los días del comienzo: nuestra especie en convivencia con la naturaleza.

Eso era antes del gran incendio, antes de que la tierra fértil empezara a corromperse.

---

\* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

Una noche de cielo estrellado dormíamos tranquilamente en el pasto, cubiertos por el manto de la luna llena brillante en las alturas. Se escuchaba el chirrido de los grillos entonando un canto de tranquilidad sobre la intemperie. Recuerdo que mi mamá me entonó una suave melodía para que durmiera. Su dulce voz resonaba en mis sueños, trasladándome a tierras lejanas nunca antes vistas. Viajaba en un bote por cielo y mar hasta caer la noche, donde podía contemplar luces resplandecientes como cristales de diferentes colores. Todo lo que me rodeaba parecía no tener fin; caminaba encima del mundo bajo un firmamento lleno de astros y cometas iluminando la oscuridad total del universo. Al entrar en esos bellos sueños mi mamá me besó en la frente diciéndome:

—Dulces sueños, mi cielo.

Ésas fueron las últimas palabras que escuché de ella, pero en ese momento yo no lo sabía.

En los vagabundeos de mi profundo sueño apareció una bruma de humo caliente. Me sentía cerca de una enorme fogata, bastante cerca. Los ojos se me empezaron a irritar; mis pulmones se asfixiaban al respirar ese aire vaporoso, provocándome una tos incómoda. Intentaba frotarme con mis manos los ojos pero estaba paralizado, no podía moverme. El calor se hacía más fuerte y amenazante, tocándome la piel hasta hacerme llorar. De pronto escuchaba gritos de dolor y miedo haciendo eco en mis oídos hasta ensordecirme. Abrí de golpe los ojos. Entonces me di cuenta de que no sólo fue un sueño. Me había quemado los brazos y veía fuego por todas partes. Así comenzó el gran incendio.

Me levanté del suelo instintivamente. Estaba asustándome lo que estaba observando. Todo mundo andaba corriendo despavorido por el peligro que avanzaba a cada segundo. Empecé a llorar, caminando sin poder controlar mis pies y gritando al aire:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

La estuve buscando entre las sombras y las luces centelleantes, pero no lograba encontrarla.

—¡Perdí a mi mamá! ¡Mi mamá! —pensaba por dentro. Luego sentí que alguien me agarró por detrás, llevándome velozmente hacia el hueco de un árbol y resguardándome del incendio. No le vi la cara, pero supe que era mi padre cuando pronunció la palabra hijo y añadió:

—No te muevas de aquí hasta que haya terminado todo. Volveré por ti, lo prometo.

Algo me decía que no iba a volver conmigo, ese algo era el miedo. Y desde mi escondite pude presenciar el resto de los acontecimientos.

Los árboles ardían en llamas, largas ráfagas de fuego cubrían todo el pasto, y el cielo nocturno se tapó por una nube gigante de polvo. La gente gritaba y corría. Unos caían al suelo agonizando de dolor por las quemaduras, algunos se dejaban llevar por el miedo corriendo hasta quedar atrapados en un círculo llameante y otros tuvieron la mala suerte de escapar hacia la densidad del bosque donde hombres, antes llamados sus hermanos, los golpeaban y los capturaban, incluso a las mujeres y los niños.

Saqué la cabeza afuera por un momento y podía verlo todo: cómo unos hombres agarraban del pelo a las madres y otros las separaban de sus hijos, llevándoselos a no sé dónde, pero no volvieron a estar juntos. A todos aquellos que fueron capturados los trasladaron como esclavos hacia las montañas y más allá. Observé las miradas de los captores, cargadas de odio y desprecio hacia sus semejantes, carecientes de toda luz de compasión y misericordia.

—¿Por qué hicieron esto? —me preguntaba yo, pues no lograba comprender en ese momento lo que acababa de ocurrir. Sólo era un niño, no entendía nada sobre lo que estaba pasando pero sí sentía un terrible horror por mi propia vida. Por primera vez conocí lo que era el miedo y la violencia. La tensión era demasiada para contenerla que volví a derramar lágrimas, hasta quedarme dormido sin más bellos sueños.

El cielo se tornó gris, un telón de humo cubrió todo. El aire se convirtió en veneno, asfixiando todo lo que se arrastra y se mueve. El polvo y las cenizas cubrían las montañas, el viento se las llevó hacia abajo para lloviznar hollín sobre el tronco de mi árbol, donde desperté yo, un huérfano y el único sobreviviente.

Estaba cubierto de polvo de la cabeza a los pies; las quemaduras de mis brazos empezaban a cicatrizar, pero todavía me dolían por lo poco cocidas que estaban. Afortunadamente, no me impidieron hacer uso de mis manos para levantarme y salir del tronco.

Avancé hacia adelante, me detuve y me centré en medio de un campo muerto, completamente devastado. El color del pasto que antes era verde ahora estaba negro y marchito; los árboles antes llenos de hojas resplande-

cientes por la luz del sol ahora estaban secos y pelados; y los hombres, mi mamá, mi papá y mis hermanos por naturaleza, antes habitando por el bosque, cultivando las semillas en la tierra y reposando bajo el claro de la luna, ahora estaban todos muertos, capturados y traicionados por sus propios hermanos que también eran los míos. No pude hacer nada para ayudarlos. No había forma de ayudarlos. ¡Cómo deseaba que no hubiera pasado nada! Lloré por la pérdida de toda mi familia, hermanos y amigos. Nadie más el peso de la tragedia y la miseria, más que yo. Sólo yo, un niño indefenso e inocente de toda injusticia.

Recorrí por el desolado campo, y vi cómo los troncos de los árboles que mis hermanos cultivaron seguían en pie pero muertos. Las virtudes que habíamos recibido como regalos de aquellas semillas también fueron destruidas, y lo peor de todo es que fue acto de los mismos que lo sembraron, remplazándolas por la envidia, la soberbia, la ira y la codicia. Entonces comprendí que la naturaleza humana es fácil de corromperse, como los gusanos que penetran la tierra y las manzanas de los árboles. Mi hogar está sumido en las cenizas y el frío ahora, sin vida.

Unas pisadas torcieron unas ramas en el suelo. Volteé hacia el origen del ruido de súbito golpe; mis manos comenzaron a temblar y mi aliento se cortaba. Una figura de complexión delgada y senil se acercaba hacia mí.

—No tengas miedo, pequeño —me dijo aquel anciano—, no voy a hacerte daño —sus palabras me tranquilizaron y dejé de sentir miedo.

—¿Quién eres? —le pregunté. Se inclinó para verme a los ojos y sentí una sensación de serenidad.

—El último de los primeros hombres que cultivaron la tierra de árboles, sembrando en cada uno de ellos los valores de la raza humana. —Era cierto que su rostro reflejaba sabiduría y que ha tenido una larga vida, tal vez hasta superior a las de mis abuelos.

—Los árboles están muertos, mi familia está... está... —no pude contener las pocas lágrimas que me quedaban. Mi corazón estaba ahogado en la tristeza.

—Lo sé —me respondió apoyando su mano sobre mi hombro—. Has pasado por una gran pena debido a las indecencias de tus iguales.

Me froté los ojos y le pregunté:

—¿Por qué lo hicieron?

El anciano se rascó la cabeza calva, pasando sus dedos por el poco pelo que le quedaba. Cerró los ojos meditando sobre su respuesta; alzó la mirada hacia el devastado bosque y los abrió.

—El corazón de los hombres ha sido corrompido por el deseo de gobernar sobre sus semejantes y las tierras que habitan. Dentro de ellos ha despertado el pensamiento de un mundo perfecto, pero sólo en aquellos que llegaron al mundo dotados de una inteligencia superior a su amabilidad y benevolencia. Perdieron el camino del amor y la unidad, desequilibrando el balance del orden natural de las cosas. El hombre no conoce el mal hasta que él mismo lo comete. Eso fue lo que sucedió.

—No tengo a dónde ir —le dije, y el anciano me sonrió diciendo:

—Por eso es que yo estoy aquí. Sentí tu angustia y escuché tu llanto. No temas ahora, hijo. Quiero que hagas algo por mí —metió su mano entre los harapos de su vestidura, y sacó una semilla pequeña resplandeciente—. ¿Ves esta semilla? La tuve conmigo desde hace varios años. Se me ha dicho que no la sembrara hasta que llegase el momento.

Pregunté confundido:

—¿Qué momento?

En eso me puso la semilla entre mis manos y se acercó hacia mi oído:

—El momento en que los hombres necesiten sembrar aquello que les hace falta en tiempos oscuros como éstos: la esperanza.

Sentí el calor de la semilla en mis manos. En eso comprendí lo que tenía que hacer: sembrar esa esperanza que necesitan mis hermanos capturados.

La enterré lo más profundo que pude sobre la tierra. Tardaría un tiempo en brotar un nuevo árbol sobre él, uno más grande que cualquier otro, para restablecer la paz en los hombres sobre la Tierra. Esperanza: la última semilla de la Tierra.

Tomé la mano del anciano y nos elevamos al cielo por un agujero de luz, dejando atrás el mundo terrenal. Así mi trabajo en la Tierra ha terminado. Y ahora me encuentro en el paraíso de los refugiados, quienes al igual que yo sembraron su semilla de esperanza para todos aquellos que sufren por la violencia, la crueldad y el odio de los hombres en la Tierra.









Dibujo con mención honorífica:

**Todo vuelve a comenzar**

*Vanessa Olmos Herrera*

# ¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

## Comenzar de nuevo en otro país\*

Axel Iván Mora López

**N**o recuerdo mi nombre ni mi edad, ni si quiera si tengo familia. Me levanto de un solo golpe poniéndome de rodillas en lo que es una calle de cemento con montones de nieve de la temporada de invierno. Levanto mis manos y me quedo atónito: tengo sangre en las manos como si hubiese matado a alguien a golpes. Siento un enorme pánico, miedo, temor y un enorme sentimiento de sacar lágrimas por los ojos.

Me encuentro en medio de una comunidad de casas, que es lo que me parece que veo. Mi camisa y mi pantalón están sucios e incluso ya un poco maltratados. Miro a los alrededores para notar si alguien, alguna persona o ser vivo, se acerca a mí y me ofrece una mano para ayudarme y responderme qué hago aquí, de quién es la sangre que tengo, dónde están todos, qué está pasando... pero nada, estoy solo y sé que mi cerebro no me dará respuestas ahora mismo, así que procuro limpiarme la sangre con la nieve y levantarme despacio. Veo una carretera a lo lejos y me dirijo hacia ella, ahí debe haber personas que tengan respuestas a mis preguntas para saber qué es lo que está pasando. Empiezo a caminar.

Mientras camino por la inmensa calle a la que rodean casas rústicas y grandes, trato de recordar algo, lo que sea, pero no puedo; sólo tengo un leve dolor en mi cabeza, siento cómo mis pies rozan contra la nieve y la combaten para caminar.

---

\* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 17 a 18 años. Es importante mencionar que el tercer lugar de la categoría de 17 a 18 años se declaró desierto con base en la cláusula octava de las bases de la convocatoria.

Sigue nevando pero no como imaginaba que sería la época de invierno. Tengo frío. Me da risa saber que no puedo recordar nada, que no sé lo que está pasando y ni siquiera sé bien a dónde me dirijo; pero, ¿y si soy el único sobreviviente de lo que sea que haya pasado? No, no lo creo, tengo que ver a mamá para antes de la cena y pedirle a mi hermano que me acompañe a mi práctica de baloncesto en la noche. Sí, eso es lo que tiene que pasar, así que por ahora trataré de ver con quién me puedo encontrar y que me responda unas preguntas, ya que... me he quedado solo.

Llego a una parada de autobús escolar y puedo ver que hay muchos locales de comida, frutas, ropa, libros, etc., pero el problema es que están destruidos; hay vidrios por todos lados, sangre. No sé lo que esté pasando pero me aproximo rápido a un negocio que está cruzando la calle frente de mí, con letreros que dicen: “Toque de queda”, “Cancelado”, “Todos son obligados a salir de sus casas y entregarse”.

Retrocedo y en la ilustración que se puede observar hay un arma de fuego y distintas banderas de diferentes naciones, una de ellas es mi bandera. Doy la vuelta para continuar mi camino, se puede decir que estoy harto porque no sé lo que pasa. Alcanzo a ver la carretera como a 30 metros delante de mí. Corro hacia esa dirección, me detengo y puedo notar que tanques de guerra y carros gigantes con militares van andando en sus ruedas y disparando a sus alrededores como si no hubiera un mañana. Mi pequeña sonrisa se encoje al notar que no encontraré una respuesta con ellos; al contrario, me parece que tengo que huir porque sólo escucho gritos a lo lejos de personas... de personas que sufren.

Trato de dar la vuelta para huir pero de pronto alguien me agarra por atrás y me lleva a rastras. Me pone un papel con olor repugnante y no distinguo el rostro de quien me lleva; es fuerte pero el olor del papel es el que más me preocupa, es como si fuera... como si fue...

Mi madre me pone una mochila en los hombros y me dice que me asegure de correr cuando ella lo indique. Le dice a mi hermano que me proteja y que no hagamos contacto con ningún extraño, en especial gente mayor. Me da un beso en la mejilla y me dice que todo estará bien. Me despido de mi madre como si fuera el último día que la veré, con ese abrazo y ese beso en la mejilla.

Mi hermano me toma del brazo y corremos por el bosque dándole la espalda a mi madre; sólo puedo ver su rostro lleno de lágrimas y mandán-

dome un beso. Vuelvo a voltear para seguir corriendo pero de pronto escucho un estruendo, dos, tres, cuatro... Quiero voltear pero mi hermano me dice que no y me obliga a correr. Caemos...

—¡Hey, niño, despierta!

Escucho una voz. Es de un hombre. Mi cabeza da vueltas y empiezo a querer abrir los ojos. Alcanzo a ver una silueta y, en efecto, es un hombre de unos 30 años, me parece; es joven, de cabello negro y con el mismo tipo de ropa que yo.

—¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué hago atado a esta silla? ¡Responda!

—Tranquízate por favor, sólo quise ayudarte. Vi que te encontrabas allá afuera a punto de ser una víctima más de esos malnacidos. Te até a esa silla para que no escaparas y explicarte que sólo quise ayudarte; de no haber sido así, saldrías huyendo, niño.

No quiero que note mi nerviosismo y trato de hablar claro:

—Y usted... ¿quién es usted? ¿Dónde estamos?

—Estamos en una casa que la verdad no sé de quién sea, ¡Ja! —sonrió—. Mi nombre es Michael y nos encontramos en la zona residencial de Casas sur, o bueno, lo que era zona residencial.

—Y tú, ¿cuál es tu nombre, niño? ¿De dónde vienes?

—Siento no darle una respuesta como tal, pero no recuerdo mi nombre, no recuerdo nada. Desperté tirado por una avenida cerca de aquí —no le diré sobre la sangre de mis manos o se alterará, y esta vez no sólo me amarrará a una silla, pensé.

—¡Qué lástima, de verdad! Bien, creo que has perdido la memoria. No te ayudaré a recordar lo que te haya pasado porque no lo sé, pero puedo decirte que estamos en medio de una guerra que empezó hace un par de meses. Sacaron a la gente de sus casas y principalmente mataban a las mujeres del hogar y a sus esposos. Sólo querían niños como tú, menores de edad para negocios y trabajos ilegales. A varios los reclutaban para trabajar en la milicia y matar a sangre fría; a otros, como te dije, sólo los querían para trabajos sucios.

—¿Qué? ¿Cree que lo que usted me está diciendo me lo voy a creer? —estaba asustado y un poco extrañado porque apenas había tenido un sueño de mi madre en el que la escuché morir—. ¿Por qué debería de creérmelo?

—Porque tuve la experiencia más desagradable que le puede pasar a un padre: perder a su hijo...

Guardamos silencio durante unos minutos. Entonces me preguntaba qué pasó con mi familia, con mi madre, con mi hermano. Quiero recordar pero no puedo, y platicar sólo con este hombre sobre su tragedia y la tragedia que pasa allá afuera me da mucho... no sé cómo explicarlo.

—Ahora que nos conocemos más, ¿me podría desatar de esta silla, por favor?

—¡Claro! ¡Claro! Perdón por todo este drama mío, pero es por mi seguridad; y aunque sé que un niño como tú no podría lastimarme no confié mucho en extraños y más ahora que el mundo se ha vuelto loco.

—¡Ja! Ya no soy un niño, tengo 16 años...

—¿Perdón, escuché bien? ¿Recordaste tu edad?

Me quedé anonadado:

—Sí, así fue. Pero bueno, como tú dices, fuera tanto drama; saldré de aquí y buscaré respuestas de mi familia, no puedo abandonarlos —se me ahoga la garganta al sentir un vacío y no sé por qué.

—Pero no puedes salir de aquí, tienes que quedarte o te matarán o reclutarán o qué se yo allá afuera.

—¿Y cree que me importa? Lo que quiero es ir en busca de mi familia, tendré cuidado de mí mismo. Si quiere acompañarme, está bien; pero si no, quédese a morir y envejecer sin luchar allá afuera ni encontrar otra salida.

Me quedé callado y salí de esa casa como pude. Caminé cerca de una cuadra cuidándome las espaldas cuando de pronto escuche un grito de...

—¡Espera! ¡Yo voy contigo!

Caminamos durante un par de horas, y eso me lo dice el reloj que aún conservo. Noto que mis pantalones tienen bolsillos y esculco en ellos. Saco una foto de una chica de una edad parecida a la mía. La verdad no la recuerdo pero por qué tengo esta foto de esa desconocida. Sigo esculcando mis bolsillos y encuentro una navaja, que espero que no la haya utilizado; saco unas monedas inútiles que ya no valdrán para nada, también logro sacar un bolígrafo, unas llaves y una identificación de una señora, mi madre.

—¿Qué llevas ahí? ¿Ella es tu mamá?

—Sí, así es. La puedo recordar; su tono de cabello, su sonrisa, su apapacho, sus caricias, su voz.... Espere, puedo recordar unas cosas. La estoy recordando: me dijo que me cuidaría pero que era demasiado tarde, que

me fuera con mi hermano, que huyéramos y que me llevara una mochila, la cual no traigo; e igual me dijo...

Se escuchan estruendos de balas golpeando muros y vidrios. Michael y yo corremos lo que podemos hasta llegar a una parada de autobús; nos escondemos detrás de uno y escuchamos cómo gritan unos soldados:

—¡A fuego rápido!

Temo que éste es el fin, pero no puedo ni debo dejarme caer tan fácil; o si no, no verá a mi madre y a mi hermano, y tengo que ir con ellos y ayudar a Michael que no se ve bien por la pérdida de su hijo. Corremos a una barda de alambre que separa a los autobuses de un pequeño bosque del otro lado. Escucho una voz de una chica.

—¡Vengan! ¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Rápido!

Doy la vuelta y jalo a Michael para ir hacia donde nos guía la voz... es, es Madeleine, la chica de la foto...

Tropezamos un poco, pero ella nos indica que debemos pasar por el agujero de abajo y cruzar del otro lado. Una vez que lo hacemos arrastrándonos, nos lleva corriendo por el bosque, mientras veo su hermoso cabello volando y rosando por su espalda. Nos detenemos y bajamos a un túnel que parece tenebroso, pero no nos queda otra opción, es eso o morir afuera.

Nos deslizamos hasta caer. Trato de levantarme y noto una mano que me quiere ayudar, la tomo y le doy una sonrisa. Es ella, pero le noto algo distinto.

—¡Hola! —nos dice.

—¡Hola, Madeleine!

—¿Disculpa?

No puedo creer que ella no se acuerde de mí. ¿Acaso perdió la memoria?

—Sí eres Madeleine, ¿no? ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en el grupo del bosque.

—Perdón, pero mi nombre es Lissa, y Madeleine con exactitud era mi hermana.

—¿Era? ¿A qué te refieres con eso? —mi sonrisa decae y siento otro vacío.

—No sé quienes sean, ni tú ni ese hombre, pero si dices conocerla...

—¡Claro que la conozco!

—¡Cálmate, niño! —me dice Michael.

—¡No, no me voy a calmar! ¿Qué pasó con Madeleine?

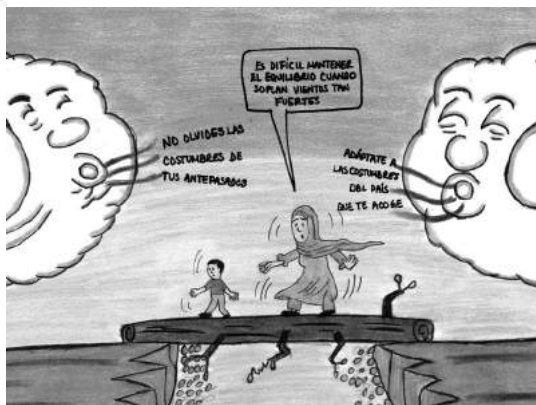
—¿De dónde la conoces? —me dice Lissa.

—Es... es mi amiga —le digo tartamudeando y le muestro su foto que tengo. Mis recuerdos están viniendo...

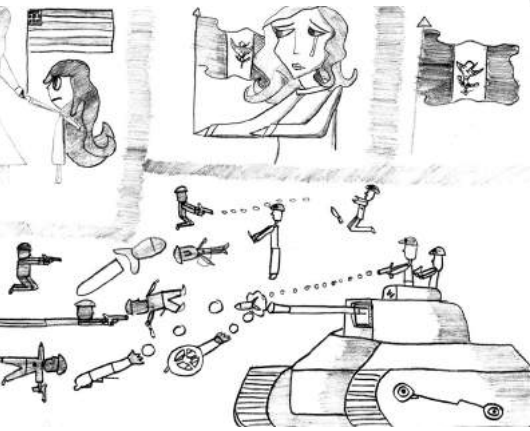
—Lo siento, ella... ella fue reclutada.

—Uno, dos, tres... ¡Reacciona! Uno, dos, tres... ¡Reacciona niño!

—Lo perdemos, doctor, lo perdemos...







Se terminó de editar en agosto de 2015.

¿Y si yo fuera  
una persona refugiada...?  
Comenzar de nuevo en otro país  
Cuentos y dibujos de niñas, niños  
y jóvenes sobre personas  
refugiadas

Para su composición se utilizaron los tipos Minion Pro y Trade Gothic.

En el marco del Programa de Derechos Humanos y Medio Ambiente  
y comprometida con la ecología y el cuidado del planeta,  
la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal  
edita este material en versión electrónica  
para reducir el consumo de recursos naturales,  
la generación de residuos y los problemas de contaminación.





Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal  
[www.cd hdf.org.mx](http://www.cd hdf.org.mx)